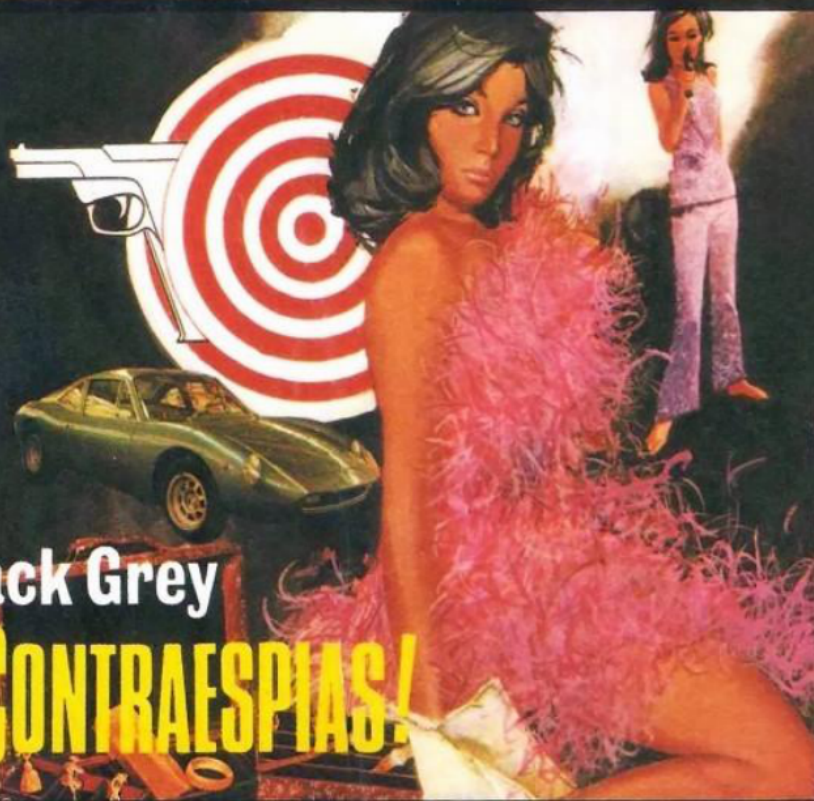




BOLSILIBROS
EASA

FBI



Jack Grey

¡CONTRAESPÍAS!

6



colección
F.B.I.

© JACK GREY
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
I. S. B. N. 84-06-02260-4
Depósito legal: M. 40.969 - 1979

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

ea
EDITORIAL
ANDINA, S.A.

¡CONTRAESPÍAS!

Jack Grey

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

PRÓLOGO

S

E esperaba de un momento a otro la orden de ataque.

Los tres amigos, como siempre que podían, encontrábanse juntos. Sus semblantes reflejaban algo de los respectivos temperamentos: Glenn Sutter sonreía, simpático; el gigantón Gary Walker fruncía el entrecejo y apretaba los puños con los cuales gustaba de dirimir las cuestiones; George Harriman se mostraba hermético, tristón.

Los «Ge, Ge, Ge» llamaban humorísticamente desde niños a aquellos camaradas inseparables, debido a que sus nombres empezaban con la misma mayúscula. Quizá fue la ley de los contrastes la que tanto les acercó, pues no cabía una mayor disparidad psicológica que la que mantenían entre sí. Y, no obstante, se querían como si fueran hermanos. Más que si fueran hermanos.

Y así transcurrió el tiempo.

Al entrar en la guerra los Estados Unidos, los «Ge, Ge, Ge» fueron de los primeros en alistarse, arreglándoselas de forma que les admitieran en el mismo regimiento de infantería. En repetidas ocasiones resultaron heridos, derrochándose entre ellos mutua abnegación.

Los jefes les querían.

El mando cursó la voz esperada.

Era un amanecer nuboso. El viento arrancaba a los árboles gemidos casi humanos. Temblaban los relámpagos sin que estallase el trueno.

A pesar del mal tiempo, la aviación se empleaba a fondo. Las «fortalezas volantes» y «Liberators» habían terminado su cometido y cedían el puesto a los «Warhawk» y «Lightning» que, en picado, ametrallaban las líneas de enfrente y entablaban victorioso combate con los pocos «cazas» que les salían al encuentro.

Los jinetes del espacio hubieron de replegarse, mientras los que luchaban sobre la tierra sufrían la furia de los elementos desencadenados.

El enemigo, que había aparentado ser débil, demostró encontrarse fuerte y aventajar en número a todos los informes recibidos.

El contraataque revistió proporciones extraordinarias. Sin embargo, los aliados, derramando heroísmo sin límites, lo resistieron durante muchas horas.

Las peleas en lo alto eran terribles, escalofriantes.

El mando aliado adquirió el triste convencimiento de que la batalla estaba perdida, y dio orden de retirada, para no convertir el fuerte tropiezo en derrota irreparable; pero la operación no pudo realizarse ordenadamente, por cuanto el enemigo hostigaba sin cesar, en avalanchas incontenibles.

Apenas las fuerzas aliadas consiguieron reagruparse, Walker y Sutter, separados contra su voluntad en las últimas horas, se buscaron ansiosamente.

—¡Glenn!

—¡Gary!

Se estrecharon las manos con emoción.

—¿Y George?

—No le he visto. Debe andar por ahí...

—¡Hemos de encontrarle!

Las órdenes cursadas eran rigurosas. Nadie podía salir del campamento.

—Si pidiésemos permiso al comandante —insinuó Gary.

—¡Vamos, suceda lo que suceda! —repuso Glenn.

Y echándose al suelo comenzó a alejarse, Gary le imitó, presuroso.

—¡Alto! —tronó el centinela, al descubrirles—. ¡Desertores! —gritó, a continuación.

Los muchachos se vieron rodeados en pocos minutos. Ni por un momento se les ocurrió la idea de emplear las armas. Empezaron a surgir fusiles que les encañonaban amenazadores. Levantaron los brazos por encima de las cabezas.

—¡Vosotros! —exclamó un sargento, atónito, al reconocerles—. ¿A dónde ibais?

—A... hacer una descubierta.

—¿Una descubierta, saliendo de aquí como malhechores, sin obedecer el «Alto»?... ¿Quién os la ordenó?

Los interrogados guardaron silencio. La alarma había cundido ya. Aproximábanse más fuerzas.

Walker y Sutter hubieron de volver sobre sus pasos entre bayonetas caladas. Se les arrinconó en una de las trincheras y quedaron bajo la vigilancia de dos soldados mientras el sargento trasladábase a dar el parte.

Por fin oyeron pisadas chapoteando en el lodo. Reapareció el sargento seguido del comandante. Era este un hombre de aspecto hosco, pero de gran corazón.

Se les quedó mirando de hito en hito.

—No puedo creerles desertores. Hombres que han dado tantas pruebas de valor, de espíritu de sacrificio; hombres que llevan en sus

carnes la mordedura del plomo enemigo, mal pueden volver la espalda a sus compañeros en un momento difícil. Digan la verdad. Toda la verdad.

Habló Glenn, sin vacilaciones:

—George Harriman ha quedado en el campo. Posiblemente está desangrándose a estas horas. Es como un hermano para nosotros. Decidimos buscarle aunque sucumbiéramos en la empresa.

El jefe creyó al soldado. En distintas ocasiones había llamado también a los tres amigos los «Ge, Ge, Ge», y no ignoraba, por tanto, el fraternal cariño que les unía.

Aunque lo disimuló perfectamente, una oleada emocional bañó sus fibras sensibles.

Les amonestó con dureza... pero no hubo juicio sumarísimo ni mucho menos fusilamiento.

Glenn y Gary quedaron en libertad, mordiendo su pena, llorando sin lágrimas al compañero desaparecido.

De madrugada cambió el tiempo. Antes de que apuntase la aurora, las fuerzas aliadas, reforzadas convenientemente, atacaron otra vez con éxito, al cual contribuyeron verdaderas masas de aviones.

Retrocedió el enemigo, desmoralizado. El campo quedó sembrado de cadáveres. Los triunfadores lanzaban gritos de alegría. Solo Walker y Sutter, los cuales se habían superado a sí mismos batiéndose con arrojo suicida, permanecían tristes: el cuerpo de George Harriman no había aparecido por parte alguna.

CAPÍTULO 1

U

Un magnífico «Renault» se detuvo ante el número cincuenta y seis de la calle Malesherbes, en París, y de él descendió Nyanya. Tratábase de una asombrosa belleza morena. Espléndida su figura, negros y grandes sus ojos, jugosos los rojos labios... Pasaba de los treinta y cinco años de edad, aunque apenas representaba veintiocho.

Subió Nyanya al segundo piso y abrió con su propio llavín la única puerta que había en el pequeño corredor. El ruido que produjo la cerradura hizo incorporarse a un hombre que leía cómodamente sentado en el *hall*.

—Hola.

—Buenas tardes, señora Petza.

—¿Está el jefe?

—Sí, en el despacho.

Avanzó ella, cruzando varias habitaciones, y llamó con los nudillos a la puerta de otra. Sonó dentro una voz ronca.

—¿Quién es?

—Yo, Nyanya.

—Entra.

Ante la mesa-escritorio que al fondo se descubría, repasaba papeles el sueco Arvid Wellberg: cuarenta años, fuerte contextura, cabellos de un rubio claro, ojos azules de mirada quieta...

—¿Ya has venido? —preguntó, huraño—. Llevo esperándote más de una hora.

—Me entretuve con mi hija. Se encuentra un poco delicada y...

—¿Fue con tu hija... o con George Harriman?

Sonrió mimosa, la húngara.

—No vuelvas a las andadas, Arvid. Tus celos son improcedentes. Te quiero a ti, aunque tú mismo lo ignores, como le pasa a todos nuestros amigos.

—¿Qué estupidez es esa? No hablo de celos. Lo que sucede es que Harriman se está creciendo mucho. Le concedéis demasiada beligerancia.

—Es tu segundo «de a bordo».

—Pero él ha creído ser el primero. Hay ocasiones en que le miráis

como a tal. Será preciso que le llame al orden... aunque tenga que hacerlo con una pistola en la mano.

El semblante de Nyanya se ensombreció un momento. Contúvose y la sonrisa reapareció en su boca. Tomó asiento, cabalgando una pierna sobre otra, y empezó a fumar. Aumentó el disgusto de Wellberg.

—¿Es que no me has oído?

—Naturalmente que sí, aunque cuando te expresas en esos términos preferiría estar sorda. Se te ha metido entre ceja y ceja un absurdo. George Harriman es un colaborador inteligente, valeroso, siempre dispuesto a jugarse la vida...

—¡Con cuánto ardor le defiendes!

—Me gusta rendir tributo a la verdad y la verdad es esa. Todos lo reconocemos así, pero a ninguno se nos ha ocurrido que pueda sustituirte. Eres único, te respetamos como mereces y cumplimos tus órdenes sin discusión.

—No podrá decir lo mismo George. En el asunto de los petróleos ha actuado a su capricho, desobedeciendo mis instrucciones. Acabo de comprobarlo. Esta noche, cuando nos reunamos, pondré las cartas boca arriba.

Siguió despotricando contra el segundo jefe de la organización. Nyanya aguardó a que se desahogase y luego hábil, felina, logró que el sueco desarrugase la cara y se rindiera al embrujo de sus caricias.

Arvid la creyó. Aquella mujer le había enloquecido. A pesar de todo, no era un juguete en sus manos. Sabía mantenerse firme, ejercer la jefatura de la banda de espías de modo férreo, tiránico, hasta el punto de haber despertado el odio en muchos de sus secuaces.

La húngara se decidió a partir.

—Espero no faltes esta noche.

—No faltaré.

El «Renault» condujo a Nyanya a su domicilio. Pareció transfigurarse esta apenas puso el pie en el umbral. Allí la gran aventurera quedaba reducida a la condición de simple mujer; elevada a la condición sublime de madre. Todo cuanto de bueno pudiera haber en su corazón lo tenía consagrado a Margit, su única hija, belleza delicada, exquisita y triste, que apenas sabía sonreír.

Ignoraba la joven las verdaderas actividades de la que le dio el ser, aun ignorándolas, sufría intensamente, calladamente, observando la vida irregular de esta, la cual argumentaba, como disculpa:

—Tu padre, al morir, apenas nos dejó lo indispensable para la subsistencia. Gracias a mi dinamismo disfrutamos de buena posición.

Tomaron juntas el té. Así como otras veces Nyanya aducía ocupaciones más o menos ciertas para hacer cortas las entrevistas con

Margit, aquella tarde no demostraba impaciencia. Ahora bien: exteriorizaba nerviosismo, daba vida a conversaciones fútiles para dejarlas en el acto...

—¿De qué te has propuesto hablarme, mamá? —preguntó la joven, mirándola dulcemente.

—¿Yo?

—En ocasiones no sabes fingir ante mí, y esta es una de ellas. Anda, dime lo que desees...

—¡Eres un encanto, hijita! Sí, tienes razón. Quiero plantear y que resolvamos juntas un gran problema. Dime, ante todo: ¿qué opinión te merece George Harriman?

Margit se alzó levemente de hombros.

—Le he tratado poco —repuso—. Parece hombre enérgico y afable al mismo tiempo... pero no sé... En ocasiones me ha parecido encontrar algo extraño en su persona.

—También yo. Son reminiscencias del pasado. En la guerra le hirieron gravemente, perdió la memoria... Hace ya años que se curó, aunque de vez en vez parece resentirse. Tiene una buena posición económica, le encuentro correctísimo, simpático... ¿Compartes mi opinión?

—¿A dónde vas a parar, mamá?

—... Me ha pedido que me case con él.

Hubo un corto silencio. Nyanya la apremió:

—Estoy esperando tu respuesta, hija.

La voz de la joven brotó tenue, libre las lágrimas que en la garganta se dejó, como el agua de un arroyo que se clarifica al deslizarse:

—Cásate, mamá. Como bien has dicho, ningún hombre ocupará el sitio de mi padre, pero yo querré a tu nuevo esposo si gracias a él cambias tu género de vida y te recupero para siempre.

Abandonó la estancia.

Nyanya permaneció como hundida en el sofá.

¡Cambiar el género de vida! ¡Si Margit supiera...!

Una criada apareció en la puerta, anunciando:

—El señor Denville.

—Guíelo al despacho.

Retiróse la sirvienta y ella se contempló ante uno de los espejos. Nada le importaba. Antoine Denville, francés naturalizado norteamericano, miembro también de la banda de espionaje, con el que en pasados tiempos sostuvo relaciones y a quién ahora despreciaba; pero interesábase seguir manejándole como a un esclavo, y el resorte de su propia belleza significaba el mejor medio para conseguirlo.

Era un hombre relativamente joven y sin personalidad definida. Un

hombre gris. Resplandecieronle los oscuros ojos viendo llegar a la húngara, que le tendió la mano con displicencia, mano que él cubrió de golosos besos.

—Vamos, vamos, Antoine; sé sensato. ¿A qué viene esto ahora?

—¿Y me lo preguntas? ¿Es que no me comporto siempre igual, a pesar de tus protestas?

Ni siquiera le respondió ella. Hubo de hacer un esfuerzo para disimular el asco.

—Bien —apremió—, ¿tienes algo que decirme?

—Desde luego: hoy he estado hablando con Farfán, Wray y Minelli. Los tres, como los que llevo abordados en días anteriores, coinciden en que la tiranía de Arvid Wellberg se hace intolerable y en que George Harriman es el jefe que necesitamos.

—¡Bravo, Antoine! Te felicito, pero ahora márchate. Tengo cosas que hacer. ¡A ver cómo os portáis esta noche!

Apenas hubo salido Denville, la húngara dirigióse a su cuarto-tocador. ¡Ahora sí le interesaba ponerse irresistiblemente bella! Iba a ver a George Harriman, por el cual sentía fuerte pasión. La elección del traje también le llevó tiempo. Cuando los grandes cristales azogados devolvieronle una imagen perfecta, se lanzó a la calle en el «Renault», pero sin chófer, conduciéndolo ella.

Se detuvo ante una casa del boulevard Saint-Michael, y tras guardarse la llave del coche, metióse rápida en el ascensor.

A los pocos minutos encontrábase junto a George Harriman, un George Harriman totalmente distinto al «Ge» que formaba el trío con Glenn Sutter y Gary Walker: más fuerte y curtido, con hebras de plata en los aladares, muy brillantes los ojos, cual si fueran escapes de una perenne hoguera interior; agudizado el rictus trístón de sus labios...

Nada sabía de la vida amorosa de Nyanya, la cual había le jurado no haber conocido íntimamente a ningún hombre, desde que quedó viuda. Se enamoró de ella. El hecho de saberla criatura peligrosa no constituía motivo de preocupación. También era peligroso él. Se entenderían perfectamente.

Se besaron y durante algunos minutos estuvieron cambiando palabras de cariño, no cúrsiles, sino a tono con su psicología, edad y situación.

Anunció por fin la húngara:

—He hablado con mi hija de nuestro matrimonio. Ya sabes cuánto me preocupaba la opinión de ella en este asunto. Lo aprueba.

—Lo celebro. Nos casaremos enseguida.

—Hay un pequeño inconveniente... Me refiero, claro, a Arvid. Conocemos su absurda creencia de que las mujeres casadas resultan indeseables en la organización...

Acentuóse la actitud de Harriman.

—Te harás cargo de que no vamos a supeditar nuestras cosas particulares al criterio de ese hombre... a quién cada día me cuesta más trabajo sufrir.

—Él te paga con la misma moneda. Me consta que te aborrece y... hasta cierto punto lo encuentro natural: eres más inteligente, valeroso y dinámico; tienes en tus manos los hilos de nuestra «empresa»; se te reconoce en todas partes como un cerebro superior... Por si fuera poco... Arvid sospecha que te quiero... y está enamorado de mí.

Harriman no concedió importancia a los elogios. Desconocía la vanidad. En cambio, la alusión al enamoramiento del sueco le hizo estremecer. Sujetó a Nyanya de un brazo, lastimándola incluso.

—¿Es verdad eso?

—Te lo juro. No te alteres. Al fin y al cabo, ¿qué te importa, si solo te quiero a ti? No te he hablado en otras ocasiones del caso, porque me consta lo impulsivo que eres y he pretendido evitar un roce entre vosotros; pero los asedios de Arvid se me hacen ya insufribles. Siempre me pareció repulsivo, y desde que me he convencido de que te aborrece, más. Hoy, sin ir más lejos, me llamó para estudiar juntos unos «negocios» y... ¡no quieras saber cómo despotricó contra ti!

Se le abrazó, anhelante. Harriman la apartó sin violencia. En aquel minuto lo posponía todo, hasta el amor, el deseo de aniquilar al sueco.

—¡Nos veremos las caras!

Durante un buen rato estuvo la húngara atizando el fuego contra Arvid Wellberg. Cuando al fin se marchó, llevaba la seguridad de que aquella noche se produciría lo que ambicionaba.

Y la noche llegó al fin. Los espías iban penetrando en la casa de la calle Malesherbes, donde Nyanya se encontraba ya.

Llegó Arvid y, sin saludar apenas, quiso saber:

—¿Ha llegado Harriman?

Le respondieron negativamente. Hizo él un gesto de impaciencia, a la par que añadía:

—Es lo mismo. Vamos al despacho.

Wellberg comenzó a plantear asuntos y a dar órdenes. De pronto, al levantar la cabeza, descubrió a George bajo el dintel e interrumpióse para decir, agrio:

—¡Vaya, por fin se ha dignado acudir el caballero! ¿No le parece que se da demasiada importancia llegando deliberadamente el último con el propósito, sin duda, de hacernos esperar a todos?

Lentamente, espaciando las palabras, inquirió Harriman a su vez:

—Y... ¿a usted no le parece impropio llamarme la atención delante de los demás?

—Yo hago lo que quiero y donde quiero.

—Se equivoca, Wellberg; conmigo, no.

Miráronse a los ojos como si quisieran traspasarse. El sueco experimentó una especie de escalofrío que le hizo temblar la médula. Creyó ver en las pupilas de su interlocutor el espectro de la muerte. Dio un puñetazo sobre la mesa:

—¡Basta Harriman! ¡Estoy harto de sus intervenciones!

—Lamento reconocer que no es de mis intervenciones, sino de mi persona de lo que está usted harto. Le estorbo, ¿no es eso? Declárelo. No dejemos la cuestión para luego, como ha dicho.

Rugió más que dijo el sueco:

—¡Me estorba, sí! ¡Se le han subido los humos a la cabeza! ¡Pretende ser más que yo!

—Lo que he hecho hasta ahora ha sido, simplemente evitar los tropiezos terribles a que su roma inteligencia nos llevaba.

—¡Váyase inmediatamente!

—Conforme. Pero oiga una cosa, Wellberg: sé cómo usted las gasta, pero bastará conque intente algo contra mí para que yo le busque a usted y le mate, se esconda donde se esconda.

—¡Para matarle me basto y sobro yo solo! —rugió el sueco.

Con rapidez extraordinaria empuñó la pistola que tenía sobre la mesa, oculta entre unos papeles; pero con más rapidez aún utilizó George la suya.

En la frente de Arvid apareció un pequeño orificio por el que, en contados segundos, se le escapó la vida.

Harriman, amartillada la pistola, colocóse de un salto de espaldas a la pared más próxima y dijo, abarcando de una ojeada al grupo:

—¿Alguno de ustedes quiere vengar al jefe?

—¡Aquí no hay más jefe que usted! —exclamó Nyanya.

—¡Yo soy el segundo en reconocerle como tal! —apresuróse a decir Denville.

Y el resto de los espías, bien «trabajado» ya, siguió el ejemplo.

Para George aquello significó enorme sorpresa. No supuso que se produjese. Su único afán había estribado en quitar de en medio al hombre que quería robarle el amor de Nyanya, según le confesase ella misma.

—Bien —decidió Harriman, sin entusiasmarse—. Procuraré hacerlo lo mejor posible. Ya trazaré mis planes y los expondré ante todos. Por de pronto, averigüen ustedes sí, aun estando estas habitaciones acolchadas, mi disparo ha llamado la atención fuera.

Apresuráronse a obedecer.

George ordenó a otros hombres que trasladasen a un coche el cadáver de Wellberg y lo arrojasen al Sena desde cualquier puente solitario.

La húngara tendió ambas manos a Harriman mirándole intensamente... largamente.

CAPÍTULO 2

L

A vida separó en distintas ocasiones a Glenn Sutter y Gary Walker, pero ni la distancia ni el tiempo bastaron para enfriar lo más mínimo la amistad entrañable que se profesaban. Cada vez que volvían a reunirse celebrábanlo como el más hermoso de los acontecimientos. Y era rarísimo que en sus conversaciones no figurase el nombre de George Harriman, a cuya memoria rendían el tributo de sus más emocionados recuerdos.

Cierto día anunció Glenn a su camarada:

—Opino que vamos a sufrir una nueva separación. Me voy a Quantico. He resuelto ingresar en el F.B.I.

—¿No sería más justo que dijeras: «Hemos resuelto ingresar en el F.B.I.»?

—¡Gary!... ¿Es posible que tú...?

—¿Por qué no, si tú lo haces?

—Tienes razón. ¡Adelante!

Y juntos soportaron la férrea disciplina de la Academia, asimilaron sus enseñanzas y salieron, al fin, convertidos en agentes pletóricos de entusiasmo, ansiosos de aventuras.

En los altos organismos de contraespionaje existía honda preocupación. Sobraban los motivos para creer que por todos los Estados de la Unión hallábase extendida una amplia red de personas al servicio de determinadas potencias extranjeras que maquinaban en la sombra turbios proyectos.

En virtud de informes obtenidos con gran trabajo, llegóse a saber que una de las misiones encomendadas a tales elementos consistía en dificultar un plan de ayuda a cierto país del Oriente Medio, plan del que era promotor el general Brown, quien contaba en el Senado con ayuda y, al propio tiempo, con no poca oposición.

Entre los individuos a quienes Glenn y Gary tenían sometidos a vigilancia, ocupaba preferente lugar Feri Zorsi húngaro residente en Washington desde mucho antes de la guerra, cuyas andanzas no estaban

claras, aunque él aprovechaba todas las oportunidades para demostrar su cariño a Norteamérica.

Zorsi había advertido algo extraño en su torno y se comportaba con una discreción desesperante para los dos muchachos, quienes no podían descubrir en él nada que confirmase sus sospechas.

Una tarde...

Gary y Glenn, decepcionados un poco ante la inutilidad de sus esfuerzos, caminaban juntos por la calle Treinta y Tres, Oeste, cuando vieron a Feri entrar en un restaurante de lujo, considerado como el mejor de Washington.

Cambiaron una mirada.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Detuviéronse un momento en la puerta, tratando, con disimulo, de localizar al húngaro, cuando, de pronto, Glenn abrió desmesuradamente ojos y boca, sin poder articular palabra, y señaló, tendido el brazo, hacia una mesa.

Gary, sorprendido, siguió la dirección que se le marcaba y su gesto de estupefacción superó en mucho al de Sutter.

Casi al mismo tiempo consiguieron exclamar:

—¡¡El!!

Corrieron atropelladamente, sin conceder atención a las protestas que despertaban.

—¡¡George!!

—¡¡«Ge»!!

El asombro de Harriman corrió a la misma altura del de sus amigos.

Levantóse, derribando la silla, y gritó en explosión incontenible:

—¡¡¡Muchachos!!!

Se abrazaron con fuerza, lastimándose, sin decidirse ninguno a deshacer el abrazo. Había lágrimas en las gargantas y en los ojos de los tres. Les era imposible hablar. Su emoción no tenía límites.

—Sentaos... sentaos —balbució, tembloroso, George, arrimando personalmente sillas que quitó de otra mesa próxima, sordo a las protestas de su ocupante—. ¡Este es el mejor momento de mi vida...!

—¡Y el mío...!

—Pues ¡anda que el mío...!

—Vámonos de aquí —propuso Glenn—. Esta colección de sandios que nos rodea nos mira como si fuéramos bichos raros. Busquemos un sitio donde estar solos.

—¡A mi casa! —decidió George.

—¿Dónde vives?

—En el número doscientos veinte de la avenida Massachusetts.

—¡Ahí suelen vivir los ricos!

—Es que yo... no soy pobre. Ya os explicaré, ya...

—Entonces —interrumpióle Gary— vas a permitirme que me desahogue un poco. Si no rompo algo, reviento. Y en vista de que no escaseas de dinero...

Descargó uno de los puños sobre la mesita y la deshizo como si hubiera sido de papel.

Las exclamaciones y protestas subieron más de tono. Glenn se encaró con el público:

—¿Qué pasa, señores? ¿Es que ustedes no saben alegrarse? Pues nosotros sí.

El camarero se había aproximado a Harriman, quien, muy por encima, a fin de disculpar a sus amigos y disculparse, le explicó la causa del alborozo, pagando, además, con exceso el importe de lo consumido y lo roto. Ya en la calle, señaló un «Rolls Royce» estacionado a corta distancia de la puerta.

—¿Vamos en mi auto?

—¡Vaya cacharro! ¡Eso se llama apabullar a los Pobrecitos! —bromeó Glenn.

—¿Qué este «Rolls» te apabulla? ¡Ahora mismo le prendo fuego!

Y, efectivamente, Harriman se dispuso a hacer lo dicho. Tuvieron que sujetarle sus camaradas para que desistiese.

Eran aquellos unos momentos de loca alegría en que los tres hombres se convirtieron poco menos que en niños.

—Vámonos andando —propuso Glenn—. Recorreremos algunos bares de los que solíamos visitar en aquellos tiempos.

—¿Cómo «algunos bares»? —protestó Gary—. ¡Todos!

Echaron a andar. George iba en medio, con los brazos sobre los hombros de Walker y Sutter.

—¡Si te dijera —exclamó el último— que Gary y yo estuvimos a punto de ser fusilados por ir a buscarte la noche que desapareciste!

—¿Y eso?

—Quisimos cumplir con nuestro deber de amistad al darnos cuenta de que faltabas y nos tomaron por desertores. Pero eso no tiene importancia. Habla tú. ¿Dónde has estado metido? ¿Por qué no intentaste saber de nosotros?

—La noche que nos ocupa recibí un balazo en la cabeza. Me di cuenta de que me derrumbaba y creí era para siempre. Aseguraría que pronuncie vuestros nombres.

—¿Te trataron bien los alemanes?

—Lo ignoro. Las tinieblas en que me sumí al desplomarme bajo la lluvia continuaron envolviéndome años y años. Es de suponer que cuando

sané de mi herida me utilizaran como obrero o como otra cualquier cosa. No sé nada de nada.

—¿Un ataque de amnesia?

—Sí; un larguísimo ataque de amnesia. Cuando desperté de nuevo a la verdadera vida, la guerra había terminado tiempo atrás y yo me encontraba en Lisboa. Quise ponerme en contacto con mi padre y con vosotros. Las tres cartas me vinieron devueltas. Mi padre había muerto, vosotros no estabais en New York. No sentí prisa en emprender el regreso. En Lisboa, las personas que me habían atendido siguieron prestándome ayuda. Empecé, con suerte, pequeños negocios, que amplié luego; me trasladé a Francia, la suerte continuó favoreciéndome... Hoy puede decirse que soy rico. Hace alrededor de tres meses se me ocurrió venir a la patria. Eso es todo. Ya veis en qué pocos minutos os he referido la parte más triste de mi vida. ¡Ah! se me olvidaba: me he casado y tengo una hija; una hija... de diecinueve años.

—¿Eh?

—Es que Nyanya, mi esposa, cuando se casó conmigo era viuda y trajo al matrimonio a su hija Margit. Os advierto que la estimo como si fuera mía también. Es una criatura verdaderamente angelical. Os la presentaré y cenaréis con nosotros —propuso Harriman—. Estaremos en casa más a gusto que en ninguna otra parte y beberemos cuanto se nos antoje.

Acudió a abrirles un uniformado sirviente.

—Envíe recado a la señora y a la señorita de que he llegado con mis mejores amigos, y usted tráiganos «cristales» —ordenó Harriman—. Y añadió dirigiéndose a sus acompañantes—: Pasad, estáis en vuestra casa. Y conste que no es un cumplido: ¡estáis en vuestra casa!

Les guio a una habitación lujosísima y él mismo sacó de un mueblebar diversas botellas.

—Bueno... —inquirió George mientras, sin consultar, preparaba el combinado que siempre gustó a los tres—, y vosotros ¿qué me contáis? ¿Cuál es vuestra vida?

Adelantóse Glenn:

—Nos dedicamos también a... negocios.

Gary, un poco extrañado, pues consideraba que los secretos con Harriman no debían existir, repitió, imitando a su compañero de profesión:

—Eso es...: a negocios.

En realidad, la respuesta de Glenn había sido premeditada, aunque le produjo disgusto el resultado de tal premeditación. La manera, un tanto ambigua, que George había tenido de exponer sus actividades, le indujo a hacer otro tanto, máxime estando como estaba obligado a no revelar su calidad de agente secreto.

—Bien, bien —comentó Harriman, distraídamente—; si en algo os puedo ser útil...

Interrumpióse, viendo aparecer a Margit.

—¡Oh! querida, ven; voy a presentarte a los dos únicos amigos que tengo en el mundo: Glenn Sutter... Gary Walker...

La muchacha, bellísima en medio de su disimulada tristeza, les tendió la mano. Cruzáronse las frases habituales propias de tales momentos. Glenn quedó impresionado hondamente. No había exagerado George: tratábase de una criatura verdaderamente angelical. Y le consagró atención máxima, vertiendo en su oído elogios discretos y de buen gusto. También en la muchacha causó él efecto grato, efecto que tomaba consistencia a medida que transcurría el tiempo.

Nyanya apareció en la habitación. Estaba deslumbradoramente hermosa. En sus labios rojos, frescos, jugueteaba una sonrisa hechicera, sonrisa que mató en seco al fijar las pupilas en Glenn. A pesar del dominio que ejercía sobre sus nervios, no pudo evitar un estremecimiento ni que el semblante se le cubriera de palidez. También el muchacho acusó la sorpresa que le hizo el encuentro con aquella mujer.

No pasó inadvertida para Harriman la impresión que en una y otro se acababa de producir, pero supo disimularlo bien y aparentar que no paraba mientes en el importante detalle.

Tanto Nyanya como Sutter se recobraron pronto y desplegaron naturalidad en su comportamiento. George, derrochando una alegría que su esposa y Margit no le habían conocido nunca, habló una vez más del cariño que sentía por aquellos hombres, refirió anécdotas de la niñez y primera juventud...

La húngara se mostraba encantadora, simpática y extraordinariamente locuaz.

Dirigióse ella al mueble-bar y manipuló hábilmente. Glenn, aparentando hallarse embebido en la conversación general, no la perdía de vista, y observó una cosa rara, aunque le resultó imposible precisar qué, así como algún nerviosismo y miradas recelosas con el rabillo del ojo. Tuvo la impresión de que en determinada copa se había vertido algo que no salió de las botellas.

Colocó Nyanya los recipientes sobre primorosa bandejita repujada, y avanzó diciendo:

—¡No se quejarán de la camarera...!

Glenn, adelantándose a todos, exclamó:

—¡Por favor, señora, tanto honor es excesivo!

Y rápido se apoderó de la bandeja, haciéndola girar de modo que la copa a él destinada quedase frente a la gran aventurera. Esta la cogió decididamente, más antes de llevársela a la boca entreabrió los dedos y la

dejó caer.

—¡Oh, que lástima! —lamentóse Sutter, un tanto cáustico—. ¿Se ha manchado?

—No, no, gracias... Se me resbaló.

—¡Eso es de buen augurio! —dijo George—. Cuando el alcohol se derrama es que la alegría rebosa.

—¿Me permite que le prepare yo ahora un combinado? —preguntó Glenn.

Se miraron un segundo con extraordinaria intensidad.

—Encantada —admitió ella, resueltamente.

El muchacho, vuelto de espaldas, se entretuvo a conciencia, más de lo preciso. Por fin brindó la copa a Nyanya:

—Procure que esta no se le caiga. «Todo lo que contiene es bueno».

Pálida y nerviosa a su pesar, la húngara apuró con valentía el brebaje.

—¡Excelente! —dijo.

—Pero no tanto como el suyo—. Y añadió en susurro—: De todos modos, te garantizo que no te hará daño.

—¿Por qué me lo habría de hacer?

George, aunque no pudo percibir lo que decían, notó el pequeño aparte. Su ceño se arrugó unos segundos, si bien enseguida recobró la actitud campechana que estaba manteniendo.

La cena, excelente, transcurrió matizada por la simpatía y el buen humor, pues tanto Nyanya como Glenn supieron enmascarar perfectamente sus emociones.

Estaba ya muy avanzada la noche cuando Glenn y Gary resolvieron decididamente marcharse. Antes lo habían intentado sin que Harriman se los permitiera.

—Bueno... ¿dónde vivís? —quiso saber este.

—Yo, en Prospect, treinta y cinco, octavo, centro —dijo Gary.

—Yo —respondió Sutter— en Olive ochenta y ocho, séptimo izquierda —y añadió, bromeando—: Ni Walker ni yo esperamos que nos honren con su visita, pues somos casi unos parias y... no está bien que los millonarios desciendan...

Le atajó George:

—Ni siquiera en ese tono que empleas tolero que hables así. Nuestra amistad está por encima de todas las cosas de la tierra, ¿lo oís bien? «ide todas las cosas!»

—Gracias.

—No solo iré a veros, sino que os exijo la promesa de que os dejéis caer a menudo por aquí. Y si queréis instalaros en esta casa, se os preparan habitaciones...

—No será mi marido solamente quien vaya a verles —ofreció Nyanya,

poniéndose a tono—. Soy curiosa y cualquier día cojo a Margit de un brazo y nos plantamos en sus leoneras, pues eso deben ser las habitaciones de los hombres solos.

Rieron todos y los visitantes despidiéronse al fin. Ya en la calle dijo Gary:

—Oye, ya sabes que no pecho de listo ni presumo de ello, pero tampoco soy tan bruto como parezco a simple vista. Me he hecho el inocentón y hasta he procurado distraer a George para que no se fijara mucho en las miradas que cruzabais su mujer y tú. Os conocéis de antes, ¿verdad?

—¡Lástima de muchacha! —masculló Glenn, hablándose a sí mismo.

—¡Caramba, tanto como muchacha!... Debe pasar ya de los treinta.

—¿Treinta? ¡Tiene diecinueve! ¿No oíste a George?

—¡Ah, bueno, te refieres a la hija...!

—Naturalmente. ¡Es un encanto de criatura!

—Lo es. Pero observo que has hecho de mis palabras el mismo caso que de un grillo. Te he preguntado si conocías a la esposa de George.

Glenn sonrió, excusándose.

—Entre tú y yo no caben secretos. Conocí a Nyanya en París, hace dos años. Entonces se llamaba... se hacía llamar, Jozsa Petza y era artista de cabaret.

Gary lanzó un prolongado silbido de asombro.

—Me enamoré de ella —añadió Sutter— y ella se encaprichó de mí. Confieso que me enloqueció al extremo de inducirme al matrimonio.

—¡Atiza!

—Sabía hacerse respetar. Nunca me concedió ni un beso, lo cual aumentó mi creencia de que era mujer honrada. Cierta tarde que me presenté en su domicilio a una hora poco corriente la encontré abrazando al que hacía las veces de representante suyo, un tal Antoine Denville. La escena resultó fuerte, pero el tal Denville mostróse cobarde en demasía. No pude más que romperle un par de dientes, porque echó a correr. Escupí a Nyanya mí desprecio y di media vuelta. No he vuelto a verla hasta esta noche.

—¡Pues sí que ha ido a elegir acertadamente el pobre George! Oye... ¿no te parece que deberías decirle algo?

—¡No! Esas cosas deben calar muy hondo. Si estuviéramos a tiempo de evitarle el mal paso, no vacilaría en desenmascarar a esa mujer a toda costa; pero ya no hay remedio. ¡Que George sea feliz, si puede, en su ignorancia! Guárdate tú mucho de la más leve insinuación.

—Bien... Tú mandas.

Separáronse. Glenn iba seriamente preocupado. De una parte, dolíale la mala suerte de Harriman al buscar esposa; de otra, presentía que iban a desarrollarse acontecimientos graves: ¡aquella copa que Nyanya le

destinó; aquella palidez cuando él dio la vuelta a la bandeja; aquella rotura del cristal...!

Mientras él caminaba sumido en hondas reflexiones, Margit hizo algo que sorprendió gratamente a Harriman. Le cogió una mano, afectuosa, y le dijo con su deliciosa ingenuidad:

—Sus amigos son muy simpáticos. Sobre todo el Glenn Sutter me parece encantador.

—¡Niña! —amonestóle Nyanya, a quién el elogio causó frío.

—¿He dicho algo malo?

—No, pequeña —apresuróse a responder Harriman, contento, y pasándole una mano por los cabellos con una ternura que a él mismo le produjo extrañeza—. Me das una alegría al expresarte así. Tengo verdadero interés en que se les considere como de casa.

—Por mi parte lo haré gustosísima.

Poco después quedó solo el matrimonio. Él, aparentando indiferencia, preguntó a su esposa:

—Conocías a Glenn Sutter, ¿verdad?

Estaba ella preparada, pues no le pasó inadvertido que George se había dado cuenta de algo anormal, y repuso serenamente:

—Creo haberle visto alguna vez... aunque no recuerdo dónde ni cuándo.

—Noté el efecto que os causasteis.

—Reconozco que me impresioné un poco al verle, sin motivo, claro, y que he estado dándole vueltas en la cabeza a ese recuerdo sin conseguir centrarle. Debo estar también un poco amnésica. En medio de todo, nada tiene de particular. Cuando me conociste yo era bailarina, al servicio ya de la banda, pero bailarina, y esa profesión obliga a tratar con mucha gente.

—Sí, claro... Habrán sido apreciaciones mías. Hablemos de otras cosas —propuso, sonriendo.

En aquel momento, uno de los criados anunció:

—El señor Zorsi.

—Hágale pasar aquí.

Entró el húngaro: cuarenta y pico de años, alto, delgado, de ojos negros y saltones. Era el sub-jefe de la banda en Norteamérica y hallábase a las órdenes de George, jefe supremo de la misma.

George le señaló una butaca que Feri aceptó, diciendo:

—Gracias... Muchas gracias. He estado por estas cercanías hasta ver salir a esos visitantes y convencerme de que se alejaban. Permítame la pregunta, señor Harriman: ¿conoce a fondo a dichos señores?

—¿Qué si los conozco? —el interrogado lanzó una de sus contadísimas carcajadas—. ¡Son como hermanos míos!

Y a continuación refirió una vez más la historia, gozándose en hacerlo.

El húngaro tabaleó con los dedos de su diestra sobre los nudillos de su mano izquierda. Se le veía hondamente preocupado. Preguntó Nyanya:

—¿Qué es lo que tiene que decirnos, Zorsi?

—Verán. Esta tarde yo acababa de entrar en el restaurante cuando esos señores se aproximaron a usted. Presencié el encuentro, quedé aturdido, procuré esconderme y les seguí luego.

—¿Motivo?...

—Señor Harriman... Esos hombres deben pertenecer a la policía o algo por el estilo.

Harriman pasóse una mano por la frente. La idea de que aquello pudiera ser cierto le desasosegaba. Encaróse con Feri, conteniendo mal la ira:

—¿En qué basa sus sospechas?

—En que hace ya unas semanas que siguen mis pasos. Denville también está vigilado por el más alto, cuyo nombre es, según nuestros informes, Gary Walker. Nada hemos podido descubrir con respecto a ellos... ni creo que ellos acerca de nosotros, pues nos conducimos con discreción extremada. Desearía, se lo aseguro, encontrarme en un error y que todo se redujera a simple casualidad, pero... por si no es así, convendría adoptar precauciones.

—¡Absurdo; eminentemente absurdo! —tronó George, resistiéndose a admitir la torturadora idea de considerar enemigos a sus entrañables camaradas. Se contuvo para agregar—: Allá usted con sus creencias. No voy a oponerme a que se guarde de esos muchachos o del mundo entero; pero yo seguiré considerándoles siempre como verdaderos hermanos míos. ¿Tiene algo más que decirme?

—No... Perdone... Lamento haberle molestado... Me marcharé enseguida...

—Puede quedarse todo el tiempo que guste... e incluso cambiar impresiones con mi esposa sobre los asuntos en trámite. Yo voy a despejarme un poco. Me duele la cabeza.

Al quedar a solas con Zorsi, la húngara le sonrió seductoramente. No ignoraba, su pasión por ella.

—Le felicito, por su olfato, Zorsi. Mi marido se ciega cuando se trata de rendir culto a la amistad. Esos hombres son de mucho cuidado y habrá que pensar, al margen de George, lo que conviene hacer con ellos.

CAPÍTULO 3

G

LENN se sorprendió gratamente al abrir la puerta y comprobar que era George quien llamaba.

—Caramba, señor millonario, ¿usted por aquí? Pase, pase y honre mi pobre cuartucho...

Sonriendo se estrecharon las manos.

—¿Qué quieres beber? Aunque esto sea un zaquizamí, guardo varias botellas para obsequiar a los amigos.

Bebieron y bromearon, saltando de un tema a otro. Con naturalidad, sin conceder importancia a lo que decía, preguntó el visitante:

—¿Qué impresión te produjeron mi mujer y mi hija?

—Buena —repuso Sutter en el mismo tono trivial que rectificó enseguida para añadir—: ¡Margit es deliciosa! Nunca he conocido una muchacha tan adorable.

—Celebro que te lo parezca y... con toda franqueza te declaro que ella quedó encantada de ti.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Pero guárdame el secreto. Es muy vergonzosa y si supiera que te he dicho lo que siente en tal sentido me retiraría hasta el saludo. Bien, y Nyanya, mi mujer, ¿qué te ha parecido? Esta sería una pregunta improcedente entre otras personas; entre nosotros no lo es, por cuanto en buena lógica nos han de interesar las mutuas opiniones en asuntos de importancia.

—Sí, claro... La encuentro hermosa, bella, simpática...

—Fue artista de cabaret, ¿sabes?... Yo soy hombre libre de prejuicios, y eso no me preocupó, por cuanto adquiriré el convencimiento de que era honrada. Su nombre artístico era Jozsa. ¿Te suena, por casualidad?... ¿La viste actuar algún día?

Glenn expelió el humo que tenía en la boca, aplastó el cigarrillo en el cenicero y sonriendo de manera entre irónica y triste murmuró:

—Escucha, mamarracho. Aunque hemos estado una porción de años sin vernos, vivimos mucho tiempo juntos para que podamos engañarnos con facilidad, así que deja los disimulos a un lado, no encajan entre nosotros. Tú advertiste anoche que tanto ella como yo quedamos

sobrecogidos al vernos y que luego no podíamos sustraernos a la tentación de mirarnos a hurtadillas. ¿Me equivoco mucho?

—En nada. Todo es como lo dices. Perdona.

—Perdonado. Sí, conocí hace dos años a la que hoy es tu mujer, y me prendé de ella. Creo que hice dos o tres tonterías. Cuando se dio cuenta de que me ponía pesado con mis galanteos me despidió con viento fresco. Eso fue todo.

George se mostró satisfecho.

—Gracias. No puedo causarte la ofensa de pensar que me hayas mentido... ni de suponer que sigas interesándote por ella.

—Haces bien. Todo se redujo a una corta temporada de fiebre por mi parte.

Marchóse Harriman con la sensación de haberse quitado de encima un peso que le aplastaba. Glenn, en cambio, quedó presa de enorme disgusto. Había mentido piadosamente, pero... ¿serviría de algo su embuste?

—Nyanya, entretanto, maquinaba, como de costumbre, en la sombra. Había citado a Antoine Denville entre dos luces, hora en que George no estaba en casa, y le recibió en sus habitaciones particulares.

El eterno enamorado de la húngara continuaba sintiéndose capaz de todo por una de sus sonrisas.

—Apenas recibí el aviso, eché a correr. Ya sabes lo que para mí significan tus órdenes...

Le atajo Nyanya, sin ambages:

—Necesito de ti, Antoine. ¿Te acuerdas de Glenn Sutter?

El interrogado palideció de súbito.

—Observo que no le has olvidado —añadió ella, sonriendo irónica—. Pues bien; se encuentra en Washington... y es uno de los mejores amigos de mi esposo. Comprenderás el efecto que me ha producido enterarme. Sí, imprudentemente o malintencionado, dice lo que hubo entre tú y yo, puedes imaginar lo que nos espera.

—Eso... es muy grave... —tartamudeó Antoine.

—Sin la menor duda. Hay que atajarlo a tiempo, y debes encargarte tú. Habita en Olive, ochenta y ocho, séptimo, izquierda. No pretendo que te enfrentes con él. Saldrías malparado. En cambio, si sabes hacer las cosas... Recuerdo haberle oído decir en distintas ocasiones que tiene un sueño muy pesado. Y cuando una persona duerme no se puede defender.

Detúvose, y preguntó, inquieta:

—¿Has oído? Me pareció oír un sollozo.

—No.

Abrió la puerta, que había cerrado previamente. Nadie. Inspeccionó los alrededores, con resultado idéntico, y volvió sobre sus pasos.

—Me equivoqué, sin duda.

No se había equivocado. Mientras ella tornaba a cambiar impresiones con su cómplice, Margit, de bruces sobre el lecho, lloraba desesperadamente. Había oído la conversación de su madre con Denville.

Finalmente, adoptó una resolución firme y se dispuso a ponerla en práctica sin nuevas reflexiones, por miedo a arrepentirse.

Salió, procurando pasar inadvertida, y tomando un coche de alquiler dio al conductor las señas de Sutter.

Creía oír los latidos de su propio corazón cuando oprimió el timbre. Abrió Glenn la puerta, y quedó estupefacto. Miráronse unos instantes sin saber qué decir. Él se dominó pronto y ofrendó su agradable sonrisa.

Ella, apartándole casi, penetró antes de que se le invitara.

—¡Eh!... Comprendo que le he sorprendido... —murmuró—. Solo voy a estar unos minutos. Necesito decirle algo...

—Síntese, tenga la bondad. La encuentro muy excitada. ¿Qué le sucede? Está usted bajo el influjo de una fuerte impresión. Dígame lo que sea, y trataré de serle útil.

Rompió a llorar la muchacha. Glenn guardó silencio. Sabía bien que el llanto suele aliviar las crisis nerviosas. Cuando el acceso hubo decrecido, insistió en susurro:

—No se arrepentirá de haber tenido confianza en mí. Hable.

Margit, según llevaba pensado, decidióse a mentir en parte, asegurando que la cuestión no le afectaba personalmente.

—Está usted en un error, señor Sutter...

—Llámeme por mi nombre. Vamos a ser muy buenos amigos, y eso facilita las relaciones afectuosas. Yo, si me lo permite, le diré Margit a secas.

—Encantada, Glenn... Bueno... repito que está en un error pensando que se trata de cosa mía. Es a usted a quién concierne.

—¿A mí?

—Sí. Escúcheme... Pero... antes ha de prometerme no hacer preguntas... conformarse con lo que le diga.

—A una muchacha tan linda como usted hay que prometerle eso... y todo cuanto se le antoje.

—¡Señor Sutter...! —se sonrojó, y añadió nerviosamente—: De un modo casual he descubierto que quieren matarle. Quizá sea esta misma noche, en su propia casa, cuando duerma usted. Mi sangre se heló al enterarme, y he corrido a ponerle en guardia. Me horroriza la idea de su muerte.

Comprendió Glenn la importancia de lo que se le decía, y lo relacionó inmediatamente con Nyanya. La figurita de Margit dando aquel paso acrecentóse a sus ojos.

Con tenue matiz de emoción en el acento dijo:

—Le agradezco lo que ha hecho. Ya ve que cumplo mi promesa: a pesar de la gravedad que encierra la noticia, me abstengo de hacerle preguntas.

—Por lo que más quiera —suplicó, levantándose, la muchacha—, no hable de esto con nadie.

—Hago a usted el mismo ruego. Mantengamos este secretillo entre los dos.

Estrechó la mano que Margit le tendía y la retuvo algún tiempo más del necesario. Reaccionando ella de pronto, ganó la puerta corriendo, sin añadir nada a lo ya dicho.

Glenn se vistió para salir. Mientras lo hacía, silbaba con aire distraído, aunque su imaginación no dejaba de trabajar activamente. Dio un largo paseo a pie, despacio, con el fin de que resultara fácil reconocerle, y cuando lo estimó oportuno enfiló la calle de Olive, de regreso a su casa.

Subió a su piso. Abrió las puertas del cuarto de baño, el cual se hallaba a la derecha de la cabecera de la cama; colocó allí un amplio sillón, en el que tomó asiento a los pocos minutos después de haber apagado la luz.

Transcurrieron dos horas largas. Glenn comenzaba a aburrirse. De pronto, cuando ya empezaba a adormilarse, percibió un ruido tenue, como de pies calzados con zapatos de goma, que se deslizaban sigilosos.

Empuñó la automática y dio a su respiración el ritmo característico de la del hombre que duerme tranquila y profundamente.

Las cautelosas pisadas se deslizaban próximas al dormitorio.

Oyó Sutter el levísimo rumor del pomo al girar y de la puerta al abrirse centímetro a centímetro.

El visitante nocturno, encendió de pronto la linterna que llevaba en la mano y proyectó el haz sobre el lecho. Al verlo vacío, lo desvió hacia la izquierda.

Sintió de pronto que el terror le paralizaba: una voz harto conocida, la de la víctima presunta, ordenó:

—¡No se mueva!

Y simultáneamente, la estancia quedó iluminada.

Los dos hombres se encontraron frente a frente. Denville apretaba el mango de un puñal en la diestra. Sutter, la culata de la pistola.

El fracasado criminal lanzó un grito sordo, inarticulado.

Su reacción fue impremeditada, fruto del pánico: lanzó el puñal, con destreza por cierto, contra su antagonista, el cual se inclinó con rapidez maravillosa, evitando así que el acero le encontrase en su camino. Y lanzó una carcajada.

—No podría usted ganarse la vida en un circo manejando cuchillos —comentó con serenidad espeluznante—. Yo ahora debería alojarle una bala en el corazón, pero entonces la fiesta se acabaría demasiado pronto.

¿Recuerda los estropicios que le hice tiempos atrás?... Pues fueron mimos de niño comparados con los que voy a prodigarle ahora. Le voy a pegar hasta que entone un aria completa.

Guardóse la pistola y disparó las cerradas manos contra el rostro del espía, el cual chocó contra la pared, atolondrado ya.

Glenn, conteniéndose, volvió a reír.

—Ande, anímese. Esto promete ser divertido.

Denville, en un acceso de rabia, lanzóse en tromba contra su enemigo, quien, al propio tiempo que marcaba un pronunciado esguince, le golpeó el mentón, haciéndole caer.

La cabeza de Antoine chocó contra el filo de un armario, produciendo un ruido de cosa rota. Sutter inclinóse, y comprobó con verdadero disgusto, que había dejado de existir.

—¡Qué mala suerte!

Registró las ropas del caído, sin encontrarle encima nada que mereciese la pena, y por fin, decidiendo lo que, a su juicio, procedía, apagó las luces y abrió el balcón.

La calle estaba totalmente desierta y poco alumbrada. Caía una llovizna menuda que el viento ululante convertía en fríos alfileres. Sutter, tras haberse convencido de que no había testigos visibles, cogió el cuerpo de Denville y le hizo cabalgar sobre la barandilla, imprimiéndole una leve presión hacia el vacío.

Cerró las maderas en el preciso instante de producirse el seco golpe del cadáver contra la calzada.

Esperó, atento el oído. Silencio absoluto; un silencio ominoso que, paradójicamente, hacían más compacto los quejidos del viento y el golpear de la lluvia sobre los cristales.

Glenn encendió un cigarrillo y empezó a desnudarse con la mayor tranquilidad.

CAPÍTULO 4

A

LZO George la mirada del periódico y la fijó en Nyanya, que acababa de entrar en el despacho. Venía nerviosa, fuera de sí.

—¿Sabes ya...?

—¿Lo de Denville? —interrumpióla él—. Acabo de leerlo. Es curioso que se encontrara su cadáver en la calle de Olive, cerca del número ochenta y ocho... ¿No crees?

—¡Lo ha matado tu amigo Glenn Sutter...!

—¿Cómo lo sabes?

—Antoine vino ayer tarde a vernos. Tú no estabas. También él, como Zorsi, tenía motivos para creer que ese hombre es un sabueso. Rindiendo culto a ese afecto que sientes por Sutter, traté de disuadirle, pero no tuve éxito. Se marchó asegurando que se lo jugaría todo por descubrir la verdad.

—Me sorprende que Denville se aventurara a ese paso sin que yo le autorizase. Te conozco bien, Nyanya; sé de lo que eres capaz cuando, por lo que sea, te estorba una persona.

Ella le miró, inquieta:

—No. Yo, no. Fue, sin duda, idea exclusiva suya. Hizo mal no consultándote, pero... hemos de ser comprensivos: el hecho de que tú estimes a ese posible sabueso no debe bastar para impedir a nuestros hombres que velen por sí mismos y por la organización.

George apretó los dientes. Su rostro se había ensombrecido y mostraba impresionante dureza. Mordiendo las palabras, repuso:

—El hecho de que yo estime a ese hombre, como asimismo a Gary Walker, basta y sobra para que sus vidas sean sagradas, ¿entiendes?... ¡Sagradas! ¡Métete eso en la cabeza, Nyanya!

—¿Debo entender, entonces, que aun cuando pertenezcan a la Policía o al Servicio de Contraespionaje habremos de admitirles junto a nosotros, correr el riesgo de que nos descubran y lleven a la silla eléctrica?

—¡Calla!

—¿No quieres oír la verdad?

—Lo que no quiero es que me envenenes más de lo que estoy. ¡Maldita la hora en que se me ocurrió volver a Norteamérica! —se

lamentó—. Nuestro grupo de aquí pudo realizar el trabajo sin que yo les acompañara.

—Recordarás que te lo aconsejé. No quisiste escucharme, y pagas las consecuencias. ¡Ojalá no tengamos que lamentar el no proceder, como de costumbre, con la máxima energía!

—¡Basta!... ¡Basta!... ¡No quiero oírte!

Una hora más tarde, la perversa mujer recibía la visita de Feri Zorsi, el cual se mostraba vivamente alterado por la muerte de Denville. Estuvieron comentándola, y convinieron en que era obra de Glenn.

—Mi marido se empeña en negar que esos hombres puedan ser esbirros de la Justicia. Estamos obligados a respetarle y obedecerle, por cuanto en múltiples ocasiones demostró hasta qué punto merece dirigirnos; pero en este caso... me atrevo a creer que se equivoca. ¿Cuento con usted?

—Naturalmente. Y ahora... un pequeño detalle. Ayer, ya anochecido, vigilaba yo la casa de Glenn Sutter, y vi entrar en ella y salir al cabo del rato a su hija Margit. La noticia le impresionó vivamente.

—Es extraño, muy extraño. Averiguaré lo que haya sobre el particular.

Despidió poco después al húngaro, permitiéndole que le besara la mano largamente, y fue enseguida a las habitaciones de la muchacha. Esta se hallaba en una butaca, hundida la barbilla en el pecho, mirando sin ver.

Sin preámbulos dijo Nyanya:

—Sé que estuviste anoche en el domicilio de Glenn Sutter. ¿Con qué fin fuiste a verlo?

Alzóse Margit, y con acento helado que no reconoció como suyo, decidióse a lo que no se atrevió a hacer el día anterior al enterarse de la verdad:

—Fui a ponerle en guardia para que no cayese traidoramente asesinado.

Prodújose un silencio angustioso. Nyanya había retrocedido tambaleándose, y hubo de apoyarse en un sillón para mantener el equilibrio.

Continuó la joven:

—Oí, sin pretenderlo, tu conversación con Denville. Lo que le dijiste llenó de muerte mi alma. Me apresuré a buscar a Glenn. Oculté tu nombre, naturalmente, limitándome a advertirle de que le acechaba un gran peligro y que yo me había enterado casualmente.

Nyanya, repuesta del primer efecto, pálida, crispada, cruzó furiosamente el rostro de su hija. Esta permaneció quieta, como una estatua que llorase, pues sus pupilas acababan de humedecerse y las lágrimas le resbalaban con lentitud por el rostro, abrasándoselo.

Luego, la gran aventurera, en un ataque de histerismo, hizo una gran

transición y abrazó y besó a la muchacha, llorando también:

—Perdóname; no he debido ni querido pegarte; he obedecido a un impulso superior a mi voluntad. Dime que me perdonas, que olvidarás esta escena y lo que oíste de mis labios. Tú no comprendes... no puedes comprender. Existen razones fundamentales que me obligaron a aconsejar la muerte de Sutter. No me hagas preguntas... Es algo terrible que debes ignorar.

★ ★ ★

—¡Hola, simpaticote! Pasa —dijo Gary a Glenn, viéndole llegar.

Sutter había penetrado sin decir palabra y se dejó caer en un sofá, inquiriendo:

—¿Has leído la Prensa?

—No.

—Viene la noticia de la muerte de Antoine Denville. Antoine Denville era —recordarás mis palabras en tal sentido— el amigo de Nyanya Petza. Los periódicos preguntan quién pudo ser el asesino. Algunos opinan que se estrelló al intentar un escaló. Bueno... le maté yo anoche.

—¡Caaaramba!

Explicó Sutter lo ocurrido, sin mencionar a Margit, y dijo finalmente:

—Tengo mis motivos para creer que ese hombre intentó asesinarme por orden de Nyanya.

—¿Es posible que el odio llegue a tanto?

—El odio... o el miedo a que yo dijese la verdad a George. Me propongo hacer una visita a esa mujer ahora mismo. ¿Quieres acompañarme?

—Estoy a tu disposición. Déjame echar un vistazo a lo que dicen los reporteros sobre esa aventura.

Cogió por sí mismo el periódico que sobresalía de uno de los bolsillos de su camarada. Al ver la fotografía del cadáver de Denville lanzó un silbido de asombro.

—¡Que me aspen si este no es el tipo a quién llevo siguiendo hace una temporadita por haberle visto un par de veces junto a Feri Zorsi!

Ahora quien silbó fue Sutter. Dijo, después:

—Vamos enseguida adonde está el cadáver. Quiero que confirmes sí, efectivamente, se trata de la misma persona. De ser así... el asunto se complicará más de lo que quisiéramos.

En el coche que Glenn habla dejado a la puerta trasladáronse al Depósito Judicial, donde se encontraba el cuerpo del francés, al que no se le había practicado aún la autopsia.

Apenas Gary le hubo echado una ojeada, dijo en susurro a su compañero:

—Efectivamente, es «él». ¿Qué consecuencia sacas de todo esto?

Glenn, en cuya frente había dibujado la preocupación varias arrugas, contestó:

—Me asusta un poco la idea, muchacho. Además... está todo tan en el aire... y reviste tal gravedad, que no me atrevo...

—No te atreves ¿a qué? ¿A decirme lo que piensas? ¡Pues sí que está bonito!

—Bueno, escucha; pero no te lo tomes muy en serio. Son apreciaciones baratas. Resulta que Nyanya es una aventurera en cuya vida habrá, posiblemente, cosas tenebrosas; que el que fue o seguía siendo su amigo quiso acabar conmigo; que este hombre se te había hecho sospechoso como posible elemento al servicio de una potencia extranjera; que por nuestro país se ha extendido una maraña acusadísima de espionaje...

—Entonces. ¿George...? —apuntó Gary.

—¡No! ¡Eso, no! Lo mismo que se casó con esa mujer ignorando su pasado, estará al margen de lo demás, en el caso de que mi suposición no sea gratuita. ¿Cómo admitir que él...? Pensarlo siquiera es absurdo. Lo mismo digo con respecto a Margit.

Abandonaron la Morgue y en silencio dirigiéronse a Massachusetts, doscientos veinte. El criado los condujo hasta el majestuoso recibidor.

No llevaban apenas medio minuto solos cuando entró Margit. Su dulce sonrisa era más triste que otras veces.

—¡Queridos amigos! —exclamó, tendiendo familiarmente las manos a uno y a otro—. Les he oído desde mis habitaciones... Ya observarán que no empleo formulismos.

—¡Es usted encantadora! —dijo Gary, sincero.

—Quiero darle las gracias muy efusivas —dijo Glenn a la joven en una especie de murmullo—. Vivo gracias a usted. Su advertencia de anoche fue providencial.

Margit tragó con dificultad saliva al responder:

—Me alegro mucho que no le ocurriera nada malo.

Reapareció el sirviente:

—Tenga la bondad... La señora aguarda.

Margit salió con ellos, dispuesta a no alejarse mientras durase la visita.

La húngara, haciendo un derroche de serenidad, les acogió con la más encantadora de sus sonrisas.

—Bienvenidos, señores. Siéntense, por favor. No creo que George tarde mucho.

Gary, ateniéndose a lo que su compañero le encomendase antes,

procuró entretener a Margit, hablándole de música con motivo de unas partituras que había sobre el piano.

Glenn dijo en voz baja a la aventurera:

—Necesito hablarle extensamente. A solas.

Hizo ella un gesto de disgusto, cual si la proposición la hubiera ofendido.

—No hagas aspavientos, Jozsa. Se trata de una cuestión fundamental para ambos. Quizá te afecte más que a mí.

—Me intrigas.

—¿Una amenaza?

—Tómalo como gustes.

Harriman apareció en el umbral. Se había dado perfecta cuenta de que su mujer y Sutter hablaban bajo, y otra vez sintió honda la mordedura de los celos.

—¡Hola, George! —exclamó Nyanya, viendo al recién llegado—. Tus amigos... nuestros amigos, quiero decir, han llegado en tu busca y nos estamos complaciendo en hacerles los honores.

—Me parece bien, francamente bien. ¿Qué me contáis, queridos?

Charlaron alegres, como de costumbre.

Una de las veces en que tanto Harriman como Margit fingieron estar distraídos, Glenn preguntó en voz baja a Nyanya:

—¿Cuándo?

—Puesto que te empeñas... esta noche. Iré a tu casa alrededor de las nueve.

Enseguida cambió de tono y se dirigió a los demás, hablando de trivialidades.

Pretextando quehaceres ineludibles, Sutter y Walker se retiraron pronto.

A la hora convenida sonó el timbre, y Glenn acudió a abrir. En previsión de sorpresas, llevaba la mano en el bolsillo y empuñaba la pistola.

La figura de Nyanya recortóse en el marco de la puerta.

—Bien... Aquí me tienes. Espero que lo que has de decirme justifique esta imposición a que me has sometido. No quiero ofenderte, pero... tu exigencia tiene las características de un chantaje.

Glenn sonrió despectivo, sin acusar la ofensa, y luego de cerrar tras la visitante le señaló un asiento.

—Gracias —rehusó ella—. De pie también oigo.

—A tu gusto. Voy a dar de lado toda clase de rodeos. Si me imitas, esta conversación, aunque te anuncie sería extensa, puede reducirse a pocos minutos. En el transcurso de horas has intentado dos veces asesinarme. Una, con lo que echaste en aquella copa; otra, valiéndote de Denville.

La húngara expresó un gesto de estupor extraordinario, en el que se mezclaba indignación fuerte:

—¿Qué dices? ¿Es que has perdido el juicio? ¿Me has obligado a venir para ofenderme de esa manera?

—Escucha, Jozsa... Nyanya... o como de verdad te llames. Lo mejor será que renuncies a tus dotes de comedianta para hablar conmigo. No te he llamado para ofenderte, como dices en plan de víctima, ni siquiera para pedirte cuentas de esos frustrados crímenes, sino para hacerte saber que no te temo, que soy más fuerte que tú en todos los órdenes y que puedo deshacerte tan pronto como se me antoje.

Nyanya se había dejado caer sobre un sillón y mostró en sus ojos unas lágrimas que tan fáciles le resultaban cuando se lo proponía.

—Nunca imaginé —dijo entrecortadamente— que tuvieras ese concepto de mí. El que yo cometiera una locura en mi vida pasada, cuando no conocía a George, ¿te da derecho a ofenderme de la manera brutal que lo haces? ¡Si George lo supiera...!

—Díselo, si te atreves.

—No. No le diré nada. Pero no por miedo, sino porque le adoro y estoy segura de cómo sufriría al saber la clase de hombre que es el amigo a quién quiere más que si fuera su hermano. En cuanto a lo de Denville... ignoraba siquiera que conociese tu existencia en Washington. Yo te aseguro...

Se contuvo, asustada. El timbre de la puerta acababa de sonar insistentemente.

—¿Quién puede ser? —inquirió, casi con el aliento.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Escóndete en esa habitación.

Obedeció Nyanya, y Glenn franqueó la puerta, encontrándose con Margit, la cual preguntó, adentrándose con rapidez:

—¿Dónde está mi madre?

Quiso Sutter disimular:

—¿Su madre, dice? No comprendo...

—Déjese de disimulos —alzó la voz—: ¡Sal, mamá! ¡No hay tiempo que perder! ¡Tu marido sabe que estás, y espera abajo!

Reapareció la húngara, pálida como un espectro:

—Hija, yo te explicaré...

—También le diré yo, Margit...

Les atajó ella, hablando atropelladamente:

—Te he espiado todo el día mamá, y te he seguido esta noche; pero no he sido yo sola. George, sin duda, lo ha hecho también. He reconocido su coche, y con disimulo le he descubierto a él al volante. Lo más probable es que esté esperando para comprobar el tiempo que pasas aquí... y preguntarte luego.

Sutter hizo un nuevo intento de justificación:

—Escuche, Margit...

Le miró ella, cortándole la palabra con un duro gesto, y cogiendo de un brazo a su madre tiró de ella con fuerza.

Mientras bajaba, recomendó:

—El coche de tu marido está a ocho o diez yardas, a la derecha, frente al portal. Pasaremos a no mucha distancia, «sin fijarnos», hablando con alegría...

Lo hicieron así.

Hasta George llegaron algunas palabras de Margit:

—Le encuentro encantador, verdaderamente encantador...

No pudo oír nada más, y quedó pensativo.

Media hora más tarde, luego de haber paseado haciendo elucubraciones, tornó a su casa. Encontró a las mujeres conversando en el salón.

—Buenas noches —saludó.

—Buenas noches, George —contestó Nyanya.

—Hola, papáito postizo —dijo Margit, denotando una alegría que por dentro era brasa para su corazón. Y enseguida, en plan de niña mimosa, dirigióse a su madre—: Anda, Cuéntaselo, para que me riña. Tiene perfecto derecho, puesto que es tu marido.

—¿Qué pasa?

—Nada grave, se lo aseguro. Es que mi madre se toma algunas cosas demasiado a pecho. Quedamos en curiosear juntas en casa de su amigo Sutter, pero yo había salido a hacer unas compras y, sin esperar a mamá donde convinimos, entré en la casa. Le aseguro que no llevaría allí ni cinco minutos, cuando mamá llegó. Ha sido una locura, pero sin importancia, ¿no cree?... Al fin y al cabo es como un hermano suyo y no ha podido comportarse más correctamente. Nunca conocí hombre tan simpático ni tan caballeroso. Bueno...; ahora ríñame todo lo que quiera. No lo haré más.

George, totalmente convencido de que su nueva dosis de celos fue absurda, dejó vagar por sus labios una sonrisa feliz.

—Habré de imponerte un correctivo —dijo, afectuoso—. No está ni medio bien que una señorita, por muy modernos que sean estos tiempos, visite sola la casa de un hombre.

—Impónmelo —aceptó la joven.

—Por hoy... me conformaré con esto.

Y la besó en la frente.

CAPÍTULO 5

L

A fiesta resultaba esplendorosa. Estrellábase la luz contra las joyas, hiriéndolas, arrancándoles destellos de fuego, ramalazos de sangre, cabrilleos de mar.

Entre los invitados más distinguidos figuraba el general Brown, hombre enérgico, de frente despejada y mirada aguda, en quien la organización de espionaje internacional tenía puesta la máxima atención.

Nyanya le tenía sorbido el seso. En atención a sus fines, la gran aventurera consiguió, un mes atrás, ser presentada al alto personaje; se mostró con él seductora, todo lo seductora que sabía ser y, a partir de entonces, se vieron en distintas ocasiones, de manera rápida y, en apariencia, casual.

Fue el propio Brown quien discretamente hizo que la húngara fuese invitada al baile de aquella noche.

También Feri Zorsi se había procurado una invitación y deambulaba por los salones sin perder de vista a la hermosa mujer.

Entre bastidores, sin hacer apenas acto de presencia, abundaban policías y algunos agentes del F.B.I. Entre estos últimos figuraban Sutter, Walker y Chess Steiner, muchacho joven, dinámico, ansioso de gloria y enamorado de los peligros.

Bien ajena a que Sutter encontrábase a pocas yardas de ella, Nyanya ponía en juego el poder de su atractivo cerca de Brown:

—Es usted terrible, general. Confieso que posee gran simpatía, que su conversación resulta amena, que baila magníficamente...; pero de ahí a que trate de acapararme, impidiendo que dedique mi atención a otras personas...

Y mientras hablaba, bañábale en el negror brillante de sus bellísimos ojos.

—Me reconozco egoísta, señora Harriman. No debe sorprenderse. La pasión ciega y...

El diálogo fue haciéndose más cálido de minuto en minuto.

Nyanya dio señales de sofoco.

—Está la atmósfera caldeada con exceso.

—¿Y si saliésemos a dar un paseo?

—¿Un paseo...? Resultaría agradable, pero... llamaríamos la atención. Usted, general, es casi el alma de la fiesta.

—¡Estoy harto de ser «alma» de cosas oficiales y semioficiales! Tengo derecho a vivir a ratos mi vida.

Nyanya, magnífica en su papel, opuso reparos, se hizo rogar insistentemente y accedió al fin.

Antes de abandonar discretamente los salones cruzó la señal convenida con Feri Zorsi.

Todo salió a medida de los deseos de la húngara: el jardín en sombras, apagados sus colores, estaba casi desierto. Cruzó ella la verja, yendo delante, y ocupó su automóvil, luego de dirigir breves palabras en voz baja al chofer, el cual, gorra en mano, había acudido, presuroso, a abrir la portezuela.

Brown llegó al medio minuto escaso y se acomodó junto a la turbadora mujer.

El magnífico automóvil se puso en marcha. Lo que menos importaba a Brown era el camino que seguían. Miraba apasionadamente a la que consideraba su bella conquista, y le tomó la mano, que ella le regateó en principio y acabó por abandonarle.

Al entrar en New México, el general miró maquinalmente por la ventanilla posterior e hizo un gesto de disgusto.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Nyanya.

—¡Esa maldita escolta...!

—Déjelos, general. Es preferible que no nos dejen solos.

—¡No! ¡De ningún modo! ¡Voy a ahuyentarlos!

Dio orden de parar. El vehículo que les seguía se detuvo también. Todo iba desarrollándose con arreglo a lo previsto.

Brown dirigióse al chófer:

—Diga a esos muchachos en mi nombre que se retiren inmediatamente.

El conductor saltó del «baquet».

—En este momento, libre, incluso, de la presencia del chófer, es cuando me encuentro feliz. ¿Por qué no le decimos que se retire juntamente con los policías? Sé guiar muy bien y...

Se interrumpió, altamente sorprendido: por ambas ventanillas asomáronse sendos enmascarados, empuñando pistolas. Uno de ellos ordenó, ronco:

—¡No se muevan ustedes! ¡A la menor desobediencia les dejamos secos!

De haberse encontrado solo Brown, a pesar de la amenaza, no se hubiera sometido; pero el gesto horrorizado de la húngara y sus palabras suplicantes le contuvieron.

—¡Obedezcamos! ¡Nos matarán, si no!

—¡Esto les costará carísimo!

—Es posible, general; pero ahora a quién costará caro será a ustedes si no bajan inmediatamente, del coche llevando las manos bien altas. ¡Vamos, pronto!

Nyanya fue la primera en descender. Brown lo hizo, encajados los dientes, crispadas las manos.

Ya en la carretera, vieron al chofer de Nyanya encañonado también por un tercer hombre con antifaz.

Bajo el mandato de las pistolas, resignáronse los prisioneros a ser cacheados y desposeídos de las armas que llevaban encima, pasando inmediatamente al automóvil de los malhechores, el cual reanudó la marcha a gran velocidad.

Medio minuto después llegaba al lugar del asalto otro vehículo, conducido por el joven Chess Steiner. Había sido el único de los agentes que advirtiera a tiempo la desaparición de Nyanya y el general y lanzóse en seguimiento de los mismos sin advertir a nadie de que lo hacía.

Viendo detenido el coche de la húngara, echóse abajo y lo examinó atentamente, esforzándose en sacar conclusiones de aquel suceso imprevisto. Ante la imposibilidad de convenir en algo, tornó al suyo y reemprendió la marcha.

Mientras, el automóvil que llevaba a los prisioneros habíase desviado de la carretera para tomar un camino siempre a través de los árboles.

Hizo al fin el conductor sonar el claxon de manera especial. Apareció una granja avícola, bajo cuya denominación ocultaban su cuartel general, los espías que trabajaban en Washington. El coche, sin detenerse, cruzó la gran puerta, que se abría en el lado trasero del edificio, la cual volvió a cerrarse tras él.

—Apéese —ordenó el enmascarado que llevaba la voz cantante.

Fue obedecido. Nyanya seguía haciendo manifestaciones de pánico; el general procuró tranquilizarla:

—Tranquilícese, señora. No sucederá nada irreparable. Dudo que estos socios lleguen a la estupidez de...

—Será mejor que se calle hasta que se le pregunte, general —díjole el espía que estaba a su derecha, apoyándole el cañón de la pistola en el costado.

Nyanya se mostró iracunda:

—¿Acabarán de decirnos lo que quieren de nosotros?

—Lo sabrá usted a su tiempo, «ilustre dama» —respondióle el de la voz ronca—. Sobra tiempo para todo. No se muestre, impaciente ni colérica, pues no pecamos de mucho aguante ni hacemos distinciones de sexos cuando llega la hora de darle a alguien lo que merece.

—¡Miserables! —masculló Brown.

El espía tomó por el cañón la pistola cual si se dispusiera a descargar un golpe sobre la cabeza del general, pero la húngara se interpuso, exclamando, patética:

—¡No; a él no le maltraten! ¡Yo he tenido la culpa de que se exprese así!

El agresor simuló contenerse a duras penas, y el que hacía las veces de jefe dijo, señalando una de las habitaciones que caían sobre el pasillo:

—Enciérrenlos. Separados reflexionarán mejor todos ellos.

Nyanya fingió vacilaciones y fue empujada con violencia. Rechinó el cerrojo que dejaba prisionera a la húngara. El chófer fue metido en otro cuartucho que había enfrente.

—A usted le destinamos mejor alojamiento, general —anunció, sarcástico, el de la voz ronca—. Continúe andando.

Obligáronle a ascender otros tramos de escalera, y al fin le señalaron la especie de calabozo que debía ocupar.

—Ahí podrá desahogarse vociferando y maldiciendo.

Pálido como consecuencia de la ira que le dominaba, penetró Brown en el encierro.

Apenas le hubieron dejado a buen recaudo, los espías quitáronse los antifaces. Uno de ellos, el que menos había actuado, era Feri. Volvieron atrás y dejaron libres a Nyanya y al chófer. Ambos sonreían complacidos.

Se les habían reunido varios espías de los que estaban desde antes en la granja. Preguntó Feri:

—¿Ha venido el jefe?

—Todavía no.

—Pasemos al despacho.

Lo hicieron así. Tratábase de una gran sala rectangular, decorada con sencillez. Tomaron asiento y continuaron celebrando el éxito de la aventura.

Al cabo de algún tiempo, uno de los elementos de la banda que vigilaba los alrededores, penetró luego de llamar con los nudillos. Notábasele ligeramente excitado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Feri.

—Tenemos un «pajarito». Vimos un coche que se aproximaba con los faros apagados y que se detenía a corta distancia de aquí. Su conductor dejó el volante y avanzó a pie, cauteloso. Le hemos echado mano... y abajo está.

—Veamos de quién se trata —dijo Zanso, incorporándose.

El espía que acababa de traer el recado, tipo brutal que respondía al nombre de James, les guio hasta una de las habitaciones de la planta baja.

—Entre también —díjole Zanso.

Colocáronse los antifaces y penetraron en la reducida estancia, donde, privado con fuertes cuerdas de todo movimiento, hallábase el joven Chess Steiner. Aproximósele el húngaro y le miró con fijeza a través de las aberturas de la máscara.

Glacial, cáustico, exclamó:

—Asegurarla haberle visto hace un rato en el baile de los señores Lanjaster. ¿No se encontraba a gusto allí? ¿Por qué se ha molestado en seguirnos?

Steiner apretó los labios con firmeza. Hizo el húngaro una seña a James y este descargó sus puños cerrados sobre el rostro del infeliz, haciéndole sangrar.

Zanso le contuvo y tornó a dirigirse a Steiner:

—¿Qué, muchacho, se decide a complacernos?

—¡No!

—Vamos a variar de táctica —anunció el húngaro. Y añadió, dirigiéndose a Steward—: Entre usted en funciones.

El nuevo actuante desenfundó un puñal y lo apoyó en la garganta del joven.

—¡Hable!

—No... sé... nada.

El acero se hundió unos milímetros en la carne del desdichado, quien lanzó un grito ronco.

—¡Déjenme!... ¡Déjenme...!

—¡Hable...!

Semiinconsciente otra vez, murmuró el joven, creyendo dirigirse a sí mismo:

—¡No!... En el F.B.I. no hay traidores... ni parlanchines... Primero la muerte...

Feri dijo a Steward:

—Vuelva a pincharle.

El puñal tornó a hundirse ligeramente en el cuello del infeliz, quien, enloquecido, llamó viendo visiones:

—¡Glenn!... ¡Gary!... ¡Compañeros!... ¡Venid...!

—¡Siga! —apremió el húngaro al del puñal, dominado por infernal alegría.

Hirió este repetidas veces; pero ya todo era inútil. Steiner se acababa de partir la lengua con los dientes.

—Creo que no nos queda nada útil por hacer —opinó el verdugo, manteniendo el acero en alto.

—Eso pienso también —barbotó Feri. Y de pronto decidió—: ¡Termine!

El puñal traspasó la garganta del joven, originándole una muerte casi

instantánea.

—Denle sepultura en un rincón de la granja.

Tras aquella orden, Zorsi abandonó el escenario del crimen, yendo a reunirse con los secuaces que esperaban en el piso superior.

—¿Qué? —preguntó Nyanya.

—Lo que suponíamos. Glenn Sutter y Gary Walker son agentes del F.B.I.

Refirió con detalles lo acaecido.

Nadie formuló la más débil protesta. Consideraron lo que acababan de oír perfectamente natural. En aquel momento llegó Harriman.

—¿Salió todo bien? —fue su primera pregunta.

—Perfectamente —informóle Feri—. Brown está bajo llave. Pero ha habido una novedad de interés.

El húngaro le dio cuenta del reciente suceso. Al oír George que Glenn y Gary eran, efectivamente, miembros del Federal Bureau of Investigation apretó los puños y respiró con dificultad.

Nyanya removió en la herida:

—¿Te convences ahora de lo acertado que estuvimos el subjefe y yo?

En vez de responderle, George descargó el puño sobre la mesa, haciendo saltar cuanto había encima.

—¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Siempre sangre!... ¿Por qué no me esperaron?

Se encaró principalmente con el húngaro, quien replicó respetuoso, dentro de la energía:

—Discúlpeme. Entendí que no había otra solución y me pareció lógico acabar cuanto antes. Soy, aunque a sus órdenes, un jefe y me considero autorizado para tomar la iniciativa en cosa de tan poca monta. Yo...

—Bien... bien... bien —le atajó Harriman—. Vamos a dejar el asunto, puesto que no tiene remedio. Pasemos a lo más importante: lo del general.

—Con ese señor se nos plantea el mismo problema —opinó Feri, un tanto temeroso.

—¿Quiere usted decir... que hay que suprimirle?

—Tal creo. Y cuanto antes mejor.

George comenzó a pasear como una fiera, deteniéndose ora ante unos, ora ante otros... De pronto lanzó una carcajada irónica.

—Me apena verme rodeado de personas como ustedes. Piensen un poco, por favor, ¿no creen que la muerte de Brown, lejos de facilitarnos lo que perseguimos, nos lo dificultaría hasta grados quizá insuperables? Los que hoy combaten el proyecto se convertirían en defensores del mismo. Lo que importa es conseguir que el general se comprometa, se deshonne en virtud de las manifestaciones que haga y se convierta en un esclavo nuestro.

Nadie objetó nada en contrario. Ante la tácita aprobación de sus

palabras, Harriman sonrió y encaró a su esposa:

—Por de pronto, vamos a poner en práctica mi plan. Ven, Nyanya. Espero que sigas luciendo tus buenas condiciones de actriz.

Pidió unas cuerdas y él mismo ató concienzudamente a su mujer, mientras daba a todos instrucciones. Colocóse el antifaz. Los otros le imitaron.

—Traigan a Brown.

Dos subordinados apresuráronse a obedecer. Cuando el general penetró en la estancia quedó vivamente impresionado, más que por el aspecto que ofrecían aquellos hombres con el rostro oculto, por ver a Nyanya en un rincón, imposibilitada de moverse.

—¡Miserables! —dijo, sin poderse contener.

Harriman tomó la palabra:

—Pondere sus manifestaciones. Crea que para nosotros no constituye placer tratar así a una señora. Son las circunstancias las que mandan. El fin justifica los medios... por lo menos a nuestros ojos. Necesitamos su cooperación y, para obligarle a qué nos la preste, hemos apelado a este recurso, primero de los que pondremos en práctica si tarda usted en mostrarse razonable.

Brown no acertaba a comprender el significado de aquella especie de exordio, si bien presentía algo siniestro.

Continuó George:

—El honor de la señora Harriman está pronto en entredicho. Nosotros mismos nos ocuparemos de divulgar que abandonó con usted la fiesta, que partieron juntos en un coche...

—¡Pero...!

—La señora Harriman tiene un marido celoso, impulsivo... ¿Se da cuenta de lo que haría con su esposa... si decidiéramos permitirle que volviera a reunírsele mañana, por ejemplo? ¿La clase de comentarios que despertaría entre el círculo de sus amistades, en las altas esferas políticas, etc., etc.?

—¡Canallas!

—Vuelvo a recomendarle que sea comedido al hablar. Podría suceder que me enfadase, y tanto a esta señora como a usted hiciera pasar grandes malos ratos. Ella es bellísima... y no soy insensible a la belleza femenina.

—¡Repito que es usted un monstruo, un monstruo repugnante! ¡Haga de mí lo que quiera, pero respete a esa pobre mujer!

Atajóle Harriman:

—A ese punto iba a parar, precisamente. A ninguno de los dos sucederá nada grave si usted se presta a facilitar los informes que vamos a pedirle, comprometiéndose, luego, a seguir nuestras instrucciones.

Hizo Brown una mueca desagradable:

—¡Comprendo!... Estoy en poder de una banda de espías.

—Exactamente. Y ahora, responda: ¿accederá a nuestras pretensiones?

—¡No! ¡Jamás traicionaré a mi patria! ¡Prefiero la muerte!

Harriman ordenó a James:

—Acerque aquí a la señora. Creo que voy a darme el placer de besarla en presencia de «su» caballero.

James fue a dónde estaba Nyanya y la cogió de un brazo.

Forcejeó ella, a la par que gritaba con derroches de angustia y desesperación:

—¡No permita esto, general; no lo permita!

James, ateniéndose a las instrucciones que antes recibiese, zarandeó brutalmente a la húngara. Brown, desplegando un esfuerzo titánico, zafóse de los que le contenían, y jugándoselo todo, se echó sobre aquel, cogiéndole por el cuello. Logró este librarse un momento y, ciego de ira, empuñó la pistola, disparando sobre el enfurecido militar, quien se llevó ambas manos al pecho y se desplomó sobre la alfombra.

Sonó otro disparo. Un pequeño orificio apareció junto a la sien derecha de James, quien giró sobre los talones, y se desplomó de bruces.

Todas las miradas claváronse en Harriman, autor de tal muerte. Este, soplando el cañón del arma, dijo, fríamente:

—Mis órdenes han de cumplirse tal y como las doy. Excederse en las mismas es una forma de desobediencia, y las desobediencias son castigadas así.

Con paso majestuoso encaminóse hacia donde había caído Brown, dejó al descubierto la herida y comprobó que aunque débilmente, le latía el pulso.

—Este hombre vive —dijo—. Llévenle a una cama. Usted, Cooper, ocúpese de cuanto sea posible hacer para salvarle.

Cooper, joven médico, miembro de la organización, abandonó el despacho tras los dos hombres que conducían en brazos el cuerpo exánime del general.

Prodújose un silencio prolongado durante el cual Harriman quitó las ligaduras a Nyanya, a la cual dijo:

—El nuevo giro que han tomado los acontecimientos me obliga a modificar mis planes con respecto a ti. Habrás de permanecer oculta en esta casa, en calidad de víctima.

—Lo que tú dispongas —murmuró ella, sugestionada como siempre que su marido se mostraba dominador.

CAPÍTULO 6

E

El escándalo con motivo de la desaparición del alto jefe militar no tuvo límites.

Ocupáronse del asunto la Prensa y radio de todos los Estados de la Unión, de Europa...

Lanzábanse acerbas censuras contra los servicios policiales y secretos, no faltando quien propusiera una depuración estrecha de los mismos.

George supo representar a las mil maravillas su papel de esposo enamorado y sumido en la desesperación. Visitó organismos oficiales exigiendo actividad, ofreció premios cuantiosos. Y en sus frases había siempre temblor de lágrimas mal contenidas.

En cambio, el dolor de Margit era tan profundo como sincero. No podía negarse a sí misma la maldad de Nyanya, pero... ¡era su madre! Relacionando la visita que esta hiciese a Glenn con la desaparición que lamentaba, llegó a pensar que el muchacho estuviese complicado en el asunto, e intentó verle, pero no le encontró.

Entretanto, Walker y Sutter llevaban muchas horas sin darse punto de reposo en busca de algún indicio que les condujese al esclarecimiento de la verdad.

En principio acariciaron la esperanza de que Chess Steiner, cuya ausencia notaron, hubiera tenido más suerte; más pronto tal esperanza convirtiéndose en temor por el infeliz muchacho, de quien, naturalmente, no obtuvieron noticias en ninguna parte.

Sin ponerse de acuerdo, demoraban la visita a Harriman con el afán de, cuando la realizaran, poder comunicarle algo satisfactorio. Hasta que, por fin, resolvió Sutter:

—No podemos estar más tiempo sin ver a George. Acaso nos esté calificando de malos amigos.

El criado que les abrió la puerta mostraba un aspecto contrito en grado superlativo.

—No está en casa el señor —anunció—, pero no tardará. Ha telefoneado hace poco preguntando si había alguna noticia, cosa que hace cada media hora, y ha añadido que vendría pronto.

—Aguardaremos, entonces.

Quince minutos más tarde llegó Harriman, quien, al enterarse de que le aguardaban Walker y Sutter, quedó pensativo unos instantes y dijo al criado:

—Bien... Retírese. Ahora entraré a verles.

Después de lo sabido acerca de la profesión ejercida por aquellos amigos de la infancia, todas las precauciones se le antojaban lógicas.

Constábase hasta qué punto los elementos del F.B.I. se entregan a su misión, posponiendo a ella todo cuanto existe.

Y resolvió espiarlos a su vez.

Sigiloso, fue avanzando hacia la puerta y aplicó el oído a la cerradura. Las palabras que llegaron hasta él produjéronle el efecto de puñaladas en el cerebro y en el corazón.

Decía en aquel momento Gary:

—Sí, reconozco que si se lo decimos, el daño será grande; pero, al propio tiempo, le aliviará esa gran pena que siente al darse cuenta de que su mujer no merece que sufra por ella.

Glenn replicó:

—Insisto en lo que te dije en cierta ocasión. Esas cosas son horribles, duelen mucho y jamás se perdonan. Es preferible que siga creyendo a Jozsa... o Nyanya, una esposa modelo, un dechado de virtudes; que lllore su desaparición o su muerte, a que sepa es una aventurera sin conciencia, una mujer perdida, que antes de llegar a sus brazos estuvo en los de Antoine Denville y quién sabe si en algunos más.

La puerta se abrió violentamente y Harriman apareció bajo el dintel. Estaba desencajado, tembloroso. Encaró a Sutter, lívido de rabia:

—¡Eres un embustero, un miserable calumniador y te voy a arrancar la lengua!

Uniendo la acción a la palabra, abalanzóse a Glenn con ánimo de estrangularle, pero este se libró de la acometida y le sujetó los brazos.

—¿Has perdido el juicio?

—¡Por favor, George! —pidió Gary.

Pero Harriman no oía. Daba, en efecto, la sensación de un demente. Se debatió con furia, consiguió soltarse y retrocedió, elevando las manos como si fueran garras, dispuesto a saltar.

—¡No intervengas! —exigió Glenn a Walker, con energía imperiosa.

Y quedó esperando los zarpazos.

Emitiendo algo que hizo recordar el rugido de una fiera, George reemprendió el ataque; pero Sutter, además de ser más fuerte, tenía en su abono las enseñanzas de la Academia de Quantico. Le resultó fácil eludirle por segunda vez, descargándole un directo a la barbilla que le hizo caer derrumbado, sin conocimiento.

—¡Esto es horrible! —exclamó Gary, no acertando a dar todavía

crédito a lo que acababa de presenciar.

—Lamentable —dijo en susurro Glenn.

Entre ambos colocaron a Harriman en uno de los sillones, esforzándose en hacerle volver en sí. Cuando le vieron entreabrir los párpados, dijo Sutter:

—Ese puñetazo me ha dolido más que a ti mismo, George; pero necesitaba dominarte. ¿No te apena que hayamos llegado a este extremo? ¡Pegarnos nosotros, que siempre estuvimos dispuestos a enfrentarnos con el mundo por defendernos mutuamente...!

Harriman había inclinado la cabeza hacia adelante y miraba sin ver. La ferocidad había desaparecido de su rostro, en el cual reflejábase intensa amargura.

—Marchaos —dijo en un susurro.

—Es que...

—Marchaos, repito. Os lo ruego. Necesito estar solo.

Glenn cogió de un brazo a Gary y lo sacó de la estancia.

Ya en la calle, echaron por lados distintos. Les embargaba la tristeza y temían a sus propios comentarios.

Era casi de noche cuando Walker se presentó en el domicilio de Glenn. Su rostro estaba visiblemente alterado.

—¿Qué te ocurre? ¿Has descubierto alguna cosa de interés?

Gary no contestó de momento. Fue preciso que se le repitiera la pregunta.

—Se trata de algo que... posiblemente no tendrá importancia; no... no la tiene sin duda, pero... Bueno, mira... la verdad es que me ha puesto nervioso. Acabo de ver a George charlando amistosamente con el húngaro Zorsi.

—¿Eeeh...?

—Imaginé el efecto que iba a producirte. El mismo que a mí.

Permanecieron callados un interminable minuto. Sospechas amargas bullían en el cerebro de los dos, martirizándoles. ¿Sería posible que Harriman?...

—Absurdo, eminentemente absurdo —dijo Glenn, hablándose más bien a sí mismo—. Pensar que George... ¡No, qué locura! Lo más probable es que Zorsi sea un perfecto infeliz a quién, con esta manía de desconfiar de todo el mundo, hayamos envuelto en la maraña de los tipos sospechosos.

Cuando se despidieron, tanto uno como otro habían formado el propósito íntimo de vigilar a George.

Y fue tal propósito el que indujo a Glenn a visitar a Harriman aquella noche. También le guiaba el deseo de ver si este se había calmado por completo y, como en otras ocasiones, le tendía la mano cariñosa.

Tampoco aquella vez lo encontró en la casa.

—Le esperaré —dijo al sirviente.

—No puedo informarle de si tardará. Hace rato que se marchó y no ha telefonado siquiera.

Preguntó entonces cómo seguía Margit y supo que había salido de sus habitaciones y se encontraba en la sala del piano.

—¿Tocando quizá?

—¡Oh, no, señor!... Suele pasar allí mucho tiempo, aunque no «haga» música. ¿Quiere que le anuncie?

Dudó el joven y dijo finalmente:

—Sí, tenga la bondad.

No tardó el criado en reaparecer para guiarle hasta donde la joven se encontraba y marcharse enseguida.

Se observaron unos segundos y dijo ella:

—Celebro que haya venido. He estado en su casa buscándole.

Hizo el agente un incontenible gesto de sorpresa y la muchacha añadió, sin darle tiempo a replicar.

—Dígame lo que ha sido de mi madre.

—¿Qué yo le diga...? ¿Supone que lo sé?

—Desde luego. Entre ustedes existe enorme enemistad. He estado a punto de informar a la policía, de señalarle como sospechoso. El deseo de que hablemos antes me ha contenido. Si no me da una explicación satisfactoria...

No pudo seguir. La entereza de que había hecho acopio se le esfumó como por encanto y estalló en sollozos.

—Margit —dijo él en acariciador susurro—. ¿Cómo ha podido suponerme capaz de originarle sufrimiento? Ignoro dónde se encuentra su madre. Llevo muchas horas tratando de conseguir una pista que me conduzca a su paradero. Míreme a los ojos y dígame que me cree.

Obedeció la muchacha. Le temblaban los labios y tenía empañadas las pupilas.

—Usted la odia...

—Se equivoca. Es ella la que me aborrece a mí.

—¿Por qué? ¡Dígamelo!

Glenn apretó los puños. Creía firmemente en la inocencia de aquella criatura y le resultaba violentísimo herirla en el alma descubriéndole la clase de persona que Nyanya era.

—¡Dígamelo! —insistió la joven.

—Margit... Usted es la personificación de la bondad y no puede comprender ciertas cosas. De todos modos... Bueno, verás; su madre y yo nos conocimos hace dos años y llegamos a una relativa amistad. Ella cometió una pequeña falta que yo supe... —nada importante, se lo aseguro

— y al encontrarme ahora temió, erróneamente, que yo la sacase a colación. Eso es todo. De ahí que me visitase en mi domicilio. Ande, dígame que me cree.

Tornó a mirarle la muchacha a través de las mojadas pestañas y exclamó en un impulso irreprimible:

—Sí, le creo, su acento rebosa sinceridad, y yo... necesito creer a alguien. ¡Estoy tan sola!... ¡Tan sola...!

—Pobre pequeña.

Continuó el desahogo de aquel espíritu atormentado. Margit, sin acusar en ningún momento a Nyanya, disculpándola siempre, habló de la amargura de su propia existencia incomprensida siempre. Fue la suya una narración extensa, con largas pausas ocasionadas por el llanto.

Al final de la misma, impensadamente, se encontraron uno en brazos del otro, juntas las bocas en un beso inacabable.

Margit, apenas pudo reaccionar, hizo intención de huir, pero él la detuvo.

—No te vayas. Te quiero.

Oyóse fuera la voz de Harriman.

Esta vez, el jefe de la organización de espionaje no había querido sorprender a Sutter y se anunciaba antes de entrar. Marcábase en su rostro una mueca triste y tenía las pupilas sin brillo, cual si hubiera muerto el fuego que las animase.

—Bienvenido, papá —murmuró Margit.

Era la primera vez que le daba aquel nombre. Lo hizo espontáneamente, sin haberlo meditado. Quizá contribuyó a ello la mezcla de pena y alegría que le inundaba el espíritu; la horrible y vieja sensación de soledad que comenzaba a evaporarse; el ansia de no volver a considerarse sola nunca.

Parecióle a Harriman que le tiraban un pellizco en el corazón; un pellizco que le hacía sufrir y que, simultáneamente, le originaba placer.

—Hola, hija.

Acercóse Margit y él la estrechó en sus brazos. Sin soltarla, dirigió la vista a Sutter, quien se había incorporado y le miraba ansiosamente.

Sonrieron al unísono.

—¿Qué hay, «Ge»?

—Ya ves, «Ge», lo que tú digas.

Se tendieron las manos.

—¿Cómo siempre?

—¡Claro! ¡Como siempre!

Transcurrió la velada sin que a Sutter le fuera posible adelantar un paso en el sondeo de George. Decidióse a partir, y alegando que «conocía el camino», se opuso a que le acompañasen.

—Esa dulce escena familiar no debe interrumpirse —dijo—. Mutuamente, necesitáis consuelo. Prestáoslo.

Abrió y cerró la puerta de la calle... pero se quedó dentro.

La distribución del piso no le ofrecía ya dudas y se deslizó en una de las habitaciones que no solían utilizarse casi nunca.

Ocasionábale profundo disgusto comportarse de aquella manera, sobre todo después del coloquio con Margit y de la reconciliación con George; más... precisamente por eso sintió la necesidad imperiosa de desechar toda duda sobre el amigo del alma. Y uno de los medios de conseguirlo era practicar un registro a conciencia en la casa.

A oscuras en su escondite, esperó a que el tiempo transcurriese.

Los ruidos fueron amortiguándose hasta cesar por fin.

Todavía dejó Sutter pasar una hora larga. Cuando creyó más que probable que todo durmiese, abandonó la salita, disponiéndose a actuar.

Ante todo, en previsión de cualquier contingencia, abrió la ventana que sabía próxima a la metálica escalerilla para casos de incendio. Adoptada esta precaución, volvió sobre sus pasos y se introdujo en el despacho de George.

Siempre llevaba consigo un juego de ganzúas y una pequeña linterna.

Hizo a esta funcionar y buscó el interruptor de la luz, manipulando en él hasta dejarlo inservible. Todo a su gusto ya, fue a la mesa-escritorio, abrió sin gran trabajo los cajones y dio comienzo a la investigación.

Detúvose de pronto sobrecogido. Acababa de oír pasos que iban aproximándose; pasos sigilosos como antes fueran los suyos. Mató el haz de la linterna y corrió a situarse junto a la pared, cerca de la entrada. Giró con lentitud el pomo y, una vez descorrida la lengüeta, la puerta se abrió violentamente.

—¿Quién anda ahí? ¡Salga quien sea... o se quedará dentro hasta que le saquen entre dos!

Era Harriman.

El cerebro de Sutter funcionó, vertiginoso.

Cubrióse el rostro con su pañuelo, y llevando por delante los cerrados puños, saltó, guiándose por la voz, cayendo sobre su amigo como lanzado con catapulta. Rodaron a la vez George perdió la pistola que empuñaba. Sutter le golpeó furiosamente hasta dejarlo sin sentido.

La lucha, aunque breve, despertó a la servidumbre. De varios puntos de la casa partieron rumores: puertas que se abrían, voces soñolientas y entrecortadas... Alcanzó la escalerilla y bajó los peldaños con toda la rapidez posible. Antes de llegar abajo del todo, gritaron arriba:

—¡Ahí va!

—¡Ese es!

—¡Un ladrón!

—¡Tírale!

Sonó un disparo. Sutter cayó a la calzada, no herido, sino por su impulso, a fin de que las balas no le alcanzasen ni le detuviese la gente, que no tardaría en acudir. Quitóse el pañuelo que le cubría el rostro y se adentró en la bocacalle más próxima, alejándose con rapidez... pero no a mucha distancia; cinco minutos después volvía sobre sus pasos y elegía un sitio estratégico desde donde, sin llamar la atención, le resultara posible ver las puertas del edificio que acababa de abandonar, a las cuales, en aquellos momentos, se agolpaban los curiosos, atraídos por el disparo, y aguardó pacientemente.

George, entretanto, atendido por un sirviente ajeno a la banda de espionaje, recobraba el conocimiento... Tardó un poco en darse cuenta de la realidad, preguntándose inquieto quién pudiera ser el visitante nocturno y cuáles sus intenciones.

Contra su voluntad, el nombre de Glenn le acudía una vez y otra al cerebro.

Margit, a medio vestir, habiéndose echado encima un primoroso salto de cama, acudió al lugar de acción y dirigióse a George:

—¿Qué ha sucedido, padre?

En pocas horas le daba por segunda vez el cariñoso nombre. Harriman le echó un brazo sobre el hombro:

—Tranquilízate, pequeña. Ya pasó todo.

—¿Quién era?

—¡Cualquiera lo sabe! Un ladrón...

—¿Un ladrón... en tu despacho?... ¿Qué podría querer robarte?

George se alzó de hombros y repuso, sonriendo con tristeza:

—Posiblemente... la felicidad.

CAPÍTULO 7

P

ASO Glenn la noche en vela sin provecho alguno. Había admitido la posibilidad de que George volviera a salir y tenía el propósito de seguirle a todas partes. Se alegró de que así no fuera, ya que ello alimentaba su esperanza de que resultaran injustas las sospechas que tenía sin quererlas tener.

El fracaso de su intento de registro le tenía de pésimo humor.

—Se trata, simplemente, de proteger a George sin que él lo sepa —dijo a Walker, queriendo disimular sus pensamientos—. Se ha movido tanto queriendo encontrar a Nyanya que, a lo peor, sus enemigos deciden suprimirle.

Walker admitió la explicación como perfectamente lógica, sin hacer comentario alguno.

De un tirón durmió Sutter nueve horas. Vistióse deprisa, luego de una buena ducha, sacó su coche del garaje que había en la misma calle Olive y trasladóse al bar donde quedara citado con Walker, el cual le esperaba ya desde hacía un rato.

—¿Qué hay?

—Nada de particular. Las andanzas de George han sido perfectamente normales. No se le ha acercado ningún personaje sospechoso. Cuando vine hacia aquí él había regresado a su casa.

—¿Se habrá dado cuenta de que le has seguido?

—Estoy seguro de que no. Sé hacer esas cosas bastante bien.

Tardaron poco en separarse.

Glenn se dispuso a continuar la misión que se había impuesto y dirigióse a los alrededores de Massachusetts.

★ ★ ★

Nyanya se aburría en la granja. Acostumbrada a la vida de agitación, la estancia allí, donde todo era quietud, hacíaese insoportable. Y entre las múltiples cosas que se le ocurrieron para distraerse figuró la de incendiar la sangre de Feri Zorsi.

Varias veces, en el transcurso de las muchas horas que llevaba Nyanya

casi encerrada, había pretendido Feri avanzar en sus pretensiones sin conseguirlo. Aquella noche, la segunda que pasaban en el cuartel general, inició Zorsi el ataque partiendo del punto en que ella pronunció unas palabras lamentando la tardanza de George.

—¡Ojalá no viniera nunca! —replicó el húngaro.

—¿Qué dice usted?

—Lo que siento. Por encima de todas las consideraciones que como jefe me inspira, está la envidia que le tengo como hombre. Ser dueño de usted, poseer su cariño, es cosa que despierta en mí sentimientos feroces.

—Por favor, Feri...

—¡Usted no sabe cómo la adoro, Nyanya! Ha llegado a constituir mi obsesión única...

—Cállese. Podrían oírle los muchachos que andan por ahí.

Habían tomado asiento en el rústico sofá ante el cual hallábase una mesita conteniendo bebidas alcohólicas de las que hacían buen consumo.

La pasión y las libaciones embriagaban a Zorsi de minuto en minuto. Cogía frecuentemente la mano de su interlocutora cubriéndosela de besos. Ella se la abandonaba unos segundos y se la retiraba luego para volvérsela a dejar.

En uno de estos momentos, cuando la excitación de Feri había llegado a cegarle, Nyanya percibió junto a la puerta los bien conocidos pasos de Harriman, y, temerosa de que este hubiera oído o visto algo de lo que allí estaba ocurriendo, hizo un derroche de cinismo que hubiese bastado para retratarla, se irguió colérica y exclamó, empleando melodramático tono:

—¡Basta, señor Zorsi! ¡Ha olvidado usted que se encuentra ante una perfecta señora! ¡Merece el calificativo de miserable! ¿Es asediando a la esposa de su jefe como demuestra usted su lealtad?

El apostrofado se levantó también, atónito.

—Pero... ¡Nyanya...!

Abrióse la puerta y Harriman apareció en el umbral. Nyanya, fingiendo sorpresa y alegría, corrió a él:

—¡Oh, George, cuánto has tardado!

Le echó los brazos al cuello. Él la apartó con lentitud, fija la taladradora mirada en el húngaro, quien se había hecho cargo exacto de la situación, comprendiendo, sin lugar a dudas, la maldad de aquella mujer, cuya maniobra estaba clara como la luz.

Leyendo algo terrible en las pupilas del recién llegado, hizo ademán de aprestarse a la defensa, pero este no le dio tiempo: saltando como un gato montés, le derribó de un descomunal puñetazo en el entrecejo.

Nyanya, lanzando un grito, se interpuso entre los dos hombres, circunstancia que aprovechó Feri para, aun aturdido, ganar la puerta en vergonzosa huida. George no intentó seguirle.

Recomendó ella, anhelante:

—Es preciso que te contengas. Está medio borracho y no supo lo que hacía. Recuerda el revuelo que se armó cuando mataste a Arvid Wellberg en París.

Harriman, marcado en su rostro un gesto de dureza extraordinaria, repuso con frialdad:

—De haber pensado matarle, ya lo hubiera hecho. No es su vida, sino la tuya que debería suprimir ahora mismo.

—¡George!

—Siempre pensé, y te lo dije en varias ocasiones, que si descubría un engaño en ti no podría contenerme y te destrozaría entre mis manos. No obstante, llegada la hora de la verdad, he podido contener mis nervios hasta el punto de darme cuenta de que no mereces ese honor.

—Pero, George, si te aseguro que Feri...

—Deja a Feri a un lado. Estoy seguro de que si se ha atrevido a propasarse es porque le has alentado tú.

—¿Eh?

—Esa es la razón de que no le aplaste. Lo demás... prejuicios, escándalos, responsabilidades, me importan un bledo. El delito de ese canalla resulta una nimiedad comparado con el tuyo. Lo sé todo. Pensé venir anoche para ajustar cuentas, pero ocurrieron cosas que atraieron la atención de la policía y opté por diferirlo. Alégrate de ello. Anoche, quizá, te hubiera partido el corazón sin explicaciones; hoy... ¡ya lo ves! te estoy hablando con absoluta tranquilidad.

La húngara aun habiendo escuchado que no debía temer por su existencia, sintióse inundada por el sudor frío que generábale el terror.

Tartamudeando, dijo:

—No acierto a comprender la razón de esas ofensas.

—¡Qué odiosa farsante eres!

—Pero... ¡George!

—¿Qué significó para ti Antoine Denville?

—¡Antoine Denville!

Quedó atolondrada, cual si la acabasen de golpear en el cerebro. Acababa de ver claro y se dijo que solo un arranque de audacia podría sacarla quizá del angustioso conflicto.

Dejó vagar por sus labios una triste sonrisa, el propio tiempo que murmuraba en tono que hubiera impresionado al más escéptico.

—Tu «gran amigo» Glenn Sutter ha completado su obra, ¿verdad?

Harriman achicó los ojos. Aun conociendo bien a la que llevaba su apellido, dio por cierta la pena que destilaba su acento.

Ella añadió:

—Por si fuera poco el lastre que lleva encima con ser agente del F.B.I.,

se convierte en calumniador ahora.

—Mide tus palabras, Nyanya.

—No tengo por qué medirlas. ¡Ya... me da lo mismo todo! ¡Ha llegado el momento de hablar claro! Después de haber oído tus acusaciones, después de ver a través de las mismas que he perdido tu cariño, tu respeto, no me resigno a callar, pase lo que pase. De todas las personas que hemos tropezado ahora en Norteamérica, solo él puede haberte hablado de Denville relacionándolo conmigo.

—Pero...

—Oye la verdad, la absoluta verdad. Denville, obedeciendo órdenes superiores, hacía las veces de representante mío cuando yo actuaba como artista frívola. Estaba enamorado de mí, no lo niego; pero no me gustaba; le desilusioné enseguida y, a partir de entonces, se me mostró respetuoso y rendido.

Lanzó un suspiro y respiró con dificultad, a la par que se pasaba una mano por la frente, como si las evocaciones la atormentasen.

—Sutter me fue presentado en París. En principio me pareció agradable; sabe derrochar simpatía cuando se lo propone. Parecía un muchacho ingenuo, casi simple. Llegó a hacerme gracia y le admití en el círculo de mis amistades; pero tan pronto como empezó a asediarme amorosamente, le cerré el camino. A partir de entonces, seguramente, empezó a odiarme, si bien su pasión estuvo por encima del odio. Una noche... Había terminado mi actuación en «La Boîte Bleu» y estaba cambiándome de ropa en el camerino, cuando él penetró sin anunciarse. Me cogió en sus brazos, tratando de besarme a la fuerza. Creo que venía borracho. Grité. Denville se encontraba cerca, acudió y se le echó encima. Lucharon, y aunque Glenn era más fuerte, resultó vencido, quizá como consecuencia del alcohol que llevaba dentro. Le sacaron de la *boîte*, perdido el conocimiento. Mi contrato terminaba al día siguiente. Abandoné París durante un mes largo. A mi regreso me asaltaba el temor de que se reprodujera la lucha entre Denville y él, pero no ocurrió así. Nunca más hizo acto de presencia. Creo encontrarás explicable el efecto que me produjo verle en nuestra casa. Tuvo conmigo breves apartes en lo que me hizo saber que continuaba deseándome y que no repararía en medios para conseguirme; llegó a amenazarme con la deshonor ante tus ojos —hizo una pausa a base de lágrimas, que tan fáciles le resultaban, y añadió luego—: ¿Para qué seguir?... ¡Ese es tu amigo! Créele ahora o créeme a mí. De todas las maneras, aunque optes por esto último, te costará trabajo obtener mi perdón.

Se llevó ambas manos al rostro y abandonó la estancia, «ahogando los sollozos».

Harriman permaneció inmóvil, sin decir una palabra ni hacer ademán

alguno por detenerla.

Había creído hasta entonces conocer a Glenn tanto o más que a Nyanya y ahora se encontraba con que no conocía a ninguno de los dos. ¿Quién había dicho la verdad?

La duda resultábale insufrible. Trataría de bucear en el problema y resolverlo de una manera u otra.

Por de pronto llegó a la conclusión de que su fraternal cariño a Sutter iba convirtiéndose en odio.

Apuró otra copa.

Fuera sonó el ruido de un automóvil puesto en marcha.

—¡Feri! —masculló.

Precipitadamente echóse fuera, interrogando al subordinado que encontró primero:

—¿El señor Zorsi?

—Acaba de marcharse. Debe encontrarse indispuerto, lleva una cara...!

—¡Vaya con un par de hombres más y hágale volver... como sea!

El espía le miró, dubitativo:

—¡Señor Harriman...!

—¿Es que está sordo? ¡Pronto, coja mi coche!

—¡Bien, bien...!

Salió como una tromba. A los dos primeros compinches que encontró, gritóles:

—¡Vengan! ¡Orden del jefe!

Cuando Zorsi se dio cuenta de que era seguido, pisó el acelerador con fuerza, pero su auto era menos potente que el que venía detrás, y pronto, a pesar de sus esfuerzos, lo vio pasar por delante y cruzársele en el camino, cerrándole el paso.

Rechinando los dientes en un acceso de rabia, frenó a fin de evitar el choque.

Supuso que encontraría a George al volante, y se tranquilizó un poco, muy poco, observando que no era así.

—¿Qué ocurre?

—Señor Zorsi... El jefe desea verle.

—Volveré luego. Apártense.

El coche que interceptaba el camino no se movió. El que iba sentado junto al chófer, dijo:

—Será mejor que regrese con nosotros.

—¿Se atreven ustedes a indicarme lo que debo hacer?

—Nosotros, no. Es el jefe quien lo desea.

—¡También soy jefe yo!

—Pero bajo las órdenes del señor Harriman.

—Entonces, si me niego...

—Tendremos que obligarle a obedecer.

Feri estaba lívido. En la semioscuridad pudo darse cuenta de cómo un claro de luna se estrellaba en el bruñido acero de las pistolas que empuñaban aquellos hombres, dispuestos, sin duda, a todo por obedecer a George.

Convino consigo mismo en que la situación era desesperada, si bien, dentro de la gravedad, resultaba preferible enfrentarse con el ofendido esposo, de cuya lealtad en la lucha tenía amplias referencias, a caer bajo el plomo de las tres automáticas prontas a acribillarle.

—Vamos —decidió, fingiendo lo mejor posible—. Ya aclararemos lo que esto significa.

Maniobró en el coche y, seguido muy de cerca por los subordinados, convertidos en aprehensores, emprendió la vuelta a la granja.

Hundida la mano en el bolsillo de la chaqueta, donde con disimulo se había puesto la pistola, dirigióse a la habitación en que le dijeron esperaba George. Entreabrió la puerta y se detuvo junto a la misma.

—Pase, Zorsi, pase —dijo Harriman vuelto de espaldas, sirviéndose una copa y mirándole con el rabillo del ojo—. ¡Ah! y saque la mano abierta. No sea insensato. De haber querido matarle no estaría usted vivo ya.

Obedeció el húngaro. Apuró George la mitad de lo que contenía el recipiente y le miró a la cara.

—Su modo de comportarse ha sido canallesco. No trate de excusarse. Hay cosas que no tienen disculpa y esta es una de ellas. Usted y yo seremos siempre enemigos personales, más por encima de esa enemistad se halla la causa que servimos. Estamos atravesando horas muy difíciles. Las deserciones en nuestras filas resultarían ahora más penosas que nunca. Le creo capaz, después de lo ocurrido, de hacer cualquier locura: descarte la delación a la policía, tanto porque sería usted uno de los más perjudicados, como porque me consta el entusiasmo con que actuó siempre en nuestra organización; pero, en cambio, no me sorprendería que, cegado por la furia, entorpeciese, el engranaje de nuestra máquina con manipulaciones absurdas. Quiero evitar eso. Permanezca en su sitio como si no hubiera pasado nada. Cuando hayamos terminado la misión que nos ocupa sustanciaremos nuestro asunto en el terreno particular. Si me desobedece, si da un solo paso contrario a esta orden, se le buscará, para aplicarle el castigo que solemos aplicar a los traidores.

Feri quedó desconcertado por aquella insólita proposición. Una vez más hubo de someterse al reconocimiento de que se las había con un jefe nada vulgar.

—Le diré, señor Harriman...

—No me diga nada. Se trata de una orden que espero sepa obedecer.

Abandonó la estancia.

Había realizado un verdadero sacrificio, pues con gusto hubiese deshecho al húngaro entre sus dedos; pero un poco por las razones que acababa de aducir y un mucho porque quería conservar en su torno todos los puntos de su problema íntimo, optó por no precipitarse.

Hizo comparecer al doctor Cooper.

—¿Cómo sigue el general?

—Dentro de la gravedad, ha mejorado algo.

—Siga atendiéndole con el máximo celo.

Finalmente se encerró en el despacho luego de recomendar que no se le molestase a menos que las circunstancias lo exigieran.

CAPÍTULO 8

S

UTTER había seguido a George sin que este advirtiera lo más mínimo que le hiciese sospechar tal seguimiento; pero como tenía que guardar cierta distancia, se le perdió de vista cuando el coche del jefe de espías abandonó la carretera para tomar el camino entre los árboles. Tardó un rato en convencerse de que el automóvil que iba delante había cambiado de ruta. Regresó al punto en que dejara de verle y prestó suma atención al suelo. La noche de plenilunio ayudó en su tarea. A fuerza de trabajo y constancia descubrió al fin las huellas de un automóvil que se internaban en la senda tortuosa iniciada en la carretera misma, internóse a pie por ella. Llevaba recorrido un buen trecho cuando le llegó el trepidar de motores. Se desvió inmediatamente, escondiéndose en la maleza, desde donde pudo ver, en la parte donde el camino se ensanchaba considerablemente, la marcha vertiginosa de dos vehículos, uno de los cuales adelantó al otro, impidiéndole continuar.

No le fue dado oír una palabra del diálogo que entablaron los respectivos ocupantes, pero sí reconoció la descompuesta fisonomía de Feri Zorsi, descubrimiento que reafirmó las dolorosas sospechas sentidas hacia Harriman. El hecho de que el húngaro estuviese precisamente en las cercanías del sitio por dónde, según las apariencias, habíase marchado aquel, resultaba sintomático.

Cuando los dos vehículos emprendieron la marcha en sentido inverso. Sutter les siguió, no con la esperanza de alcanzarlos, puesto que había dejado el suyo en la carretera, sino con la de seguir los surcos que los neumáticos fuesen dejando.

Tras penoso andar, divisó la granja avícola, comprobando con relativa sorpresa que las huellas terminaban allí. Por más que rebuscó, ocultándose siempre, en los alrededores, no le resultó posible descubrir indicaciones de que los coches hubieran seguido adelante.

Han entrado aquí, no hay duda —dijo entre dientes.

Y en el acto concibió el propósito de entrar también, pues tuvo la corazonada de que iba a enfrentarse con la clave del misterio.

Agazapado, fue aproximándose al edificio, bien ajeno a que dos pares de ojos estaban fijos en él desde los ocultos lugares en que los espías

montaban la guardia permanente.

Deslizóse hacia la parte trasera y quiso poner en juego sus ganzúas. Oyó pisadas sigilosas y se volvió con rapidez en el preciso momento en que dos hombres se le echaban encima.

Glenn no tuvo tiempo de empuñar la pistola ni quizá lo hubiera hecho aun habiéndolo tenido, ya que su máximo deseo estribaba en no producir alboroto. Zafóse del ataque con unos golpes maravillosos de «jiu-jitsu» que arrancaron a sus enemigos gritos incontenibles, y saltando de un lado a otro esquivó acometidas y propinó puñetazos demoledores. Uno de los contrincantes rodó por tierra y el otro fue a chocar contra la pared produciendo un ruido seco y fuerte; pero a espaldas del joven surgió un tercer hombre, que le golpeó la cabeza con un objeto duro.

—Opino que ya es nuestro —dijo con aire de triunfo.

Y tenía razón: en el cerebro de Sutter acababa de hacerse la noche, se le doblaron las piernas y cayó pesadamente.

Los vapuleados, uno de los cuales era Steward, trataron de cebarse en el inanimado cuerpo, cobrándose así el daño recibido; pero el tercero les contuvo:

—¡Quietos! El jefe está arriba y ya sabéis cómo las gasta. Que él resuelva lo que ha de hacerse.

—Está bien —rezongó Steward—. De todos modos, por una «propina» más o menos no va a pasar nada, y yo tengo que cobrarme, aunque solo sea un poquito, de lo que me ha hecho pasar en estos momentos.

Dio fuertes puntapiés al caído. El otro canalla no quiso ser menos e imitó la «proeza». De pronto, Steward, aminorada la excitación que sentía, inclinóse sobre Glenn, exclamando:

—¡Caramba! Pero isi se trata del «gran amigo» del subjefe!

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que nos hemos equivocado?

—¡Nada de eso! Este sujeto, cuyo nombre es Glenn Sutter, llevaba algún tiempo siguiendo la pista al señor Zorsi; varios muchachos —yo entre ellos— estábamos advertidos y le seguíamos la pista a nuestra vez, aunque sin descubrir nada. El pobre chico a quién recientemente hubimos de eliminar (y al expresarse así puso un gesto compungido que despertó risas) nos aclaró la incógnita diciéndonos que pertenece al F.B.I.

—¡Caramba!... ¡Dos pájaros de la misma clase en poco tiempo! No me hace la cosa mucha gracia.

—A mí tampoco —declaró el otro miserable—. Meterse con el Federal Bureau no suele tener buenas consecuencias.

—¡Bah, tonterías! —fanfarroneó Steward—. James y yo suprimimos al otro y...

—¡Y James no está ya en el mundo de los vivos!

—Porque le mató el jefe.

—¡Por lo que sea!

Habían cogido a Sutter de cualquier modo, entrándole en la casa y recorriendo el mismo trayecto a que sometiesen al general Brown.

—¿Sabéis que pesa?

—Pero no es seguramente por exceso de grasa. ¡Vaya músculos los del pollo!

Glenn, no obstante la brutalidad del golpe recibido, empezó a recobrar la noción de las cosas mientras le conducían, pero no dio señales externas de ello. Su sensación primera fue un vaivén acusado, cual si se encontrase en un barquichuelo en alta mar; luego, un rumor confuso, animales que gruñen, y que resultó ser el diálogo que sostenían sus captores en torno a la aventura.

Steward, como si estuviera obsesionado por lo que le dijera su compinche y quisiera infundirse ánimos, continuó hablando del infeliz Chess Steiner, y afirmando que le importaría poco ir quitando de en medio a todos los sabuesos del mundo si se les fueran poniendo por delante.

El espía que con su porrazo traidor decidiera abajo la contienda, dijo señalando una de las lóbregas habitaciones del pasillo:

—Metedle ahí.

Sutter dióse cuenta de que lo tiraban al suelo igual que hubieran podido hacer con un saco de patatas. Oyó una puerta al cerrarse y un cerrojo al rechinar.

Llevóse ambas manos al punto de la cabeza donde recibiera el golpe. El dolor que sentía era terrible, si bien pudo comprobar que no habían llegado a hacerle sangre.

Permaneció sin moverse durante algunos minutos, hasta que fue encontrándose en condiciones de que sus músculos obedecieran con exactitud los mandatos del cerebro. Se incorporó entonces, pues no lo habían atado, en vista de que el calabozo ofrecía seguridades absolutas, y maquinalmente buscó sus armas. Como era lógico, tanto el puñal que solía llevar oculto para defenderse en casos difíciles como la pistola, habían desaparecido.

Estaba, pues, a merced de sus aprehensores: ni una posibilidad de escape ni nada con que repeler las agresiones. Únicamente sus puños, aquellos puños temibles que con tanta eficacia solía manejar.

Ahondó mentalmente en el significado de lo que poco antes tomase por gruñidos y llegó a la conclusión exacta de que Chess Steiner había sido asesinado por aquellos miserables.

Apretados los dientes y con reconcentrada ira, miróse las crispadas manos. No disponía más que de sus puños, efectivamente, pero... ¡como

antes de matarle le ofreciesen ocasión de emplearlos otra vez...!

Entretanto, Steward se había dado buena prisa en informar a Feri de lo que acababa de ocurrir. Este le escuchó con interés máximo. Hallábase bajo el peso de su derrota y acariciando proyectos de venganza contra la mujer que hasta poco antes constituyera su obsesión principal.

Sonrió levemente ante el propósito que se le acababa de ocurrir.

—El jefe se ha encerrado en el despacho y ha dejado la orden de que no se le moleste —dijo—. Comuniqué esa noticia a la señora Harriman y que ella decida.

Un poco sorprendido, el subordinado retiróse a obedecer. Zorsi quedó frotándose las manos. Sabía cuánto aborrecía Nyanya a Glenn y consideró probable que le eliminara, desatendiéndose de todas las prohibiciones. De ocurrir así, el propio George aplicaría a su mujer un castigo ejemplar.

Nyanya abrió mucho los ojos cuando supo que Sutter se encontraba prisionero.

—¿Le han atado bien? —preguntó.

—No...

—¿No? ¿Están ustedes locos? ¡Ese hombre es un verdadero diablo! ¡Será capaz de huir!

—Imposible. De la habitación en que se encuentra no hay quien salga como no se le saque.

—De todas las maneras, sujétenle pies y manos y acuda usted a informarme cuando lo hayan hecho. Quiero hablarle.

Dirigióse Steward al calabozo. Aunque creía haber dejado a Sutter desvanecido, el recordar la feroz resistencia que este opuso antes llevóle a reclamar la ayuda de dos secuaces.

El prisionero, al oír el cerrojo, dejóse caer, fingiéndose bajo los efectos del golpe.

—Duerme todavía —comentó, mordaz, Steward.

—Se conoce que le atizasteis a conciencia.

—Sin conciencia, querrás decir.

Quedó junto a la puerta el tercer miserable mientras los otros dos se inclinaron dispuestos a maniatar a Glenn en el preciso momento en que este disparaba los pies alcanzando a uno en el rostro y a otro en el pecho.

Cayeron, lanzando maldiciones.

El espía que quedara en segundo término empuñó una pistola, más se contuvo oyendo a Steward:

—¡No le mates!

Sutter se había incorporado ya y se arrimó a la pared, apretados los contundentes puños. Los tres enemigos se le echaron encima como fieras. Aquella desigual pelea cobró proporciones indescriptibles: Tres hombres contra uno solo y, sin embargo, no conseguían dominarle. Varias veces

cayeron derribados, si bien se levantaban enseguida, volviendo a la carga.

Un descomunal directo de Glenn rompió a Steward varios dientes. Echando sangre por la boca, desencajado, frenético, el malhechor hubo de hacer el mayor esfuerzo de su vida para no acribillar a aquella especie de energúmeno que parecía invencible.

Y, sin embargo, el joven agente resultó vencido; era muy notable la diferencia de fuerzas para equilibrarlas indefinidamente. Uno de los enemigos logró darle con la culata de la pistola en el cráneo, como en la pelea anterior hiciese Steward, pero esta vez solo de refilón pudo ser alcanzado. Bastó, no obstante, para producirle unos segundos de aturdimiento que aprovecharon, atacándole como lobos, derribándole y utilizando con rapidez las cuerdas preparadas al efecto.

Cuando el muchacho, salido de la semiinconsciencia, quiso contraatacar, era demasiado tarde.

—¡Maldito perro! —rugió Steward—. ¡De qué buena gana te machacaría!

El ansia de asesinar convertía en horrible su ya repulsivo semblante.

—¡Cobarde! —masculló Glenn, cubierto de contusiones.

Sabía que el insulto le proporcionaría nuevas tarascadas, pero le daba lo mismo.

Steward se ensañó, efectivamente.

—¡Cuidadito! —dijo el que antes quisiera disparar—, me has prohibido matarle y le vas a hacer migas tú.

Salieron por fin, cerrando tras ellos.

Steward fue a dar cuenta del «trabajo» a Nyanya, la cual le miró sorprendida.

—¿Qué ha pasado?

—¡Eso no es un hombre, es un león! ¡Si deciden matarle, le suplico piense en mí!

—Tranquílcese. ¿Está bien sujeto?

—Como un fardo.

—Venga conmigo.

Dirigiéronse hacia el calabozo. Ya en la puerta, ordenó la húngara:

—Espere aquí hasta que le avise.

Penetró resueltamente y cerró luego para que no se oyera lo que hablasen. Fue hacia la presunta víctima, recreándose en el aspecto que ofrecía bajo la débil luz colgada del techo.

—«Buenas» noches —dijo con acento que parecía un silbido de víbora.

Glenn, al reconocerla, la asaeteó con el fuego de sus pupilas, sin responder.

Añadió ella:

—¿Eres tú el que no me temes, el más fuerte que yo en todos los

aspectos, el que me puede deshacer apenas se le antoje?

Río sarcástica, hiriente.

El muchacho, lejos de mostrarse desesperado o furioso, placer en que la húngara proyectaba gozarse, le repuso despectivo:

—Hola, «pobre raptada», juntamente con el general Brown. Me alegra encontrarte, aunque me repugne tú presencia.

Fue ella la que, mostrándose iracunda, profirió en insultos y le dio con el pie en la cara.

—¡Te voy a aplastar, maldito!

—Aunque me aplastes continuo sin temerte y sintiéndome superior a ti, superior porque eres una alimaña y yo un ser humano. Mi muerte no te librará del castigo. Detrás de mi hay miles de hombres que te perseguirán hasta conseguir que te achicharres en «la reina de las sillas».

—Eso no sucederá nunca; pero aunque llegara a ocurrir, tú llevarías ya tiempo pudriéndote; porque vas a morir, ¿me oyes? Estoy aquí para darme la satisfacción de anunciártelo.

—¿Crees decirme algo nuevo? Desde que traidoramente se apoderó de mí la gentuza que, por lo visto, te obedece, me consideré muerto. Ya ves con cuánta serenidad te lo digo. La muerte no asusta más que a los cobardes. Por eso tiembles ante la perspectiva del verdugo que te espera antes o después.

—¡Mentira!

—Quieres engañarte con la esperanza de que lograrás la salvación, pero en el fondo del cerebro llevas grabada la idea de que será ese tu fin. Lo siento por Margit, que sufrirá el más horrible de los tormentos cuando sepa bien la clase de madre que tiene.

—¡Calla! ¡No la menciones!

Tornó a darle de puntapiés, sin que el rostro del joven expresase dolor.

—Tengo que mencionarla porque la quiero y me quiere; porque son tus labios y no los míos los que manchan su nombre.

—¡Mentira! ¡Ella no puede quererte!

—Pregúntaselo cuando la veas. Dile lo que has hecho conmigo y verás hasta qué punto llega su «veneración» hacia ti.

—¡Odioso sabueso! ¡Si alguna intención hubiera tenido de salvarte, eso que acabas de decir la echaría por tierra! ¡Mataría a Margit antes de que se casara contigo; sellarán tus labios para que no puedas decirle una palabra que me haga desmerecer a sus ojos!

—Creo imposible que desmerezcas más todavía. Ella te conoce bien y te desprecia.

Nyanya le pisoteó otra vez. Luego, casi congestionada, salió hecha un basilisco.

Fuera, junto a Steward, había otros cuatro seres indeseables. La

húngara se dirigió al primero:

—¡Ya es suyo!

—¿Cómo? —inquirió el criminal, entre satisfecho y sorprendido.

—Entre y acabe con él... haciéndole enterarse de que muere.

—Pero... el jefe...

Nyanya vaciló unos segundos. Las órdenes de Harriman en tal sentido eran rigurosas, no se le ocultaba que las consecuencias resultarían violentísimas, pero no le importó. Todo resultaba preferible a correr el riesgo de que este, impulsado por aquel sentimiento fraterno, que a ella se le antojaba absurdo, decidiese la liberación del hombre que entre otros males le originaría el de decir a Margit toda la verdad. ¡Ya conseguiría aplacar a George haciéndole creer que había adoptado tal determinación para vengar las «calumnias» en que la había envuelto!

Steward aguardaba, indeciso.

—¡Obedezca! —tronó la fiera humana.

—Convendría decírselo antes al señor Harriman.

—No quiere que se le moleste. Haga lo que le digo. ¡Asumo toda la responsabilidad!

—Bueno, siendo así... —dirigiéndose a los otros—. Vosotros sois testigos.

Abrió la puerta y se internó en el calabozo. Una mueca siniestra se dibujaba en sus labios.

—Hola, «amigo» —silabeó—. Vengo a cobrarme el precio de los dientes que me ha roto.

Sutter consideró llegado su último momento. No tembló siquiera. Sus pensamientos concentráronse en Margit. En aquellos segundos dábase cuenta exacta de lo mucho que le amaba.

«Adiós, adorada chiquilla» —dijo, sin mover los labios.

Avanzó Steward, desenfundando el puñal.

—No mereces que se gaste una bala en ti. Por otra parte... morirías demasiado pronto y me han recomendado que no me dé prisa, recomendación que está de acuerdo con mis deseos. Voy a hacerte primero unos cuantos dibujos.

Llegó hasta el inmóvil agente del F.B.I. y le volvió con rudeza, mirándole a los ojos. Estremecióse. Las pupilas del muchacho eran como hierros al rojo que le traspasaron el cerebro.

—Empieza, verdugo —barbotó—. Vas a enterarte de cómo sufre y muere un verdadero hombre.

—¡Y tú vas a saber...!

No pudo terminar la frase. Un disparo le entró por la espalda, atravesándole el corazón. Dejó caer el arma y desplomóse como si las

piernas le hubieran sido cercenadas.

Glenn dejó escapar una exclamación de asombro. Creyó soñar o ser víctima de una alucinación.

Fuera, George, autor de la muerte de Steward, se enfrentaba con Nyanya y los espías que la rodeaban. Había sido el propio Feri quien, juzgando ya consumado el asesinato de Glenn, envió aviso al jefe con ánimo de que llegara a tiempo de castigar el crimen «sobre la marcha».

—¡Partida de gusanos! —rugió con acento ronco—. ¿Habéis supuesto que se pueden desobedecer mis órdenes?

Elevóse un rumor de temerosas protestas:

—Jefe, yo...

—Nosotros...

—Lo ha ordenado la señora...

Nyanya, con el arrojo que derrochaba en los momentos decisivos, exclamó:

—¡Sí, yo he sido! ¡Atacó mi honra; me calumnió ante ti; es un enemigo de todos nosotros...!

—¡Maldita seas!

Guardándose la pistola, avanzó hacia Nyanya, crispadas las manos. Quería destruirla así, arrancándole la vida con sus propios dedos.

La húngara leyó su propia muerte en aquellos desorbitados ojos y lanzando un grito de horror huyó pasillo adelante.

Interpusiéronse los hombres.

—¡Jefe!

—¡Mire lo que hace!

—¡Es su esposa!

Atraídos por el disparo acudieron todos los componentes de la banda que se hallaban en el edificio. Incluso los que hacían guardia en los alrededores, temerosos de que se hubiera producido un ataque por elementos inadvertidos a sus ojos, precipitáronse hacia el interior.

En uno de los ángulos apareció Feri, en cuyo semblante reflejábanse satánica alegría.

Preguntas anhelantes brotaban de todas las gargantas.

George recobró en gran parte el control de sus nervios.

—Otra vez —dijo— se han menospreciado mis indicaciones. Steward ha caído. Mi mujer correrá la misma suerte. Yo no hago distinciones cuando se trate de hacerme obedecer.

Dirigióse a Zorsi.

—¡Entre ahí y liberte al prisionero!

—¿Eh?

—¿Cómo?

—¿Qué dice?

Lo mismo que una ola furiosa, crecieron las preguntas y exclamaciones. Harriman, amartillada el arma, repitió al húngaro:

—¡Liberte al prisionero!

Su actitud imponía pánico.

Feri, aunque temeroso, inició débil protesta:

—Piense lo que ha dicho.

—¡Obedezca o le mato!

Precipitóse Zorsi en el calabozo y cortó las ligaduras de Glenn, al propio tiempo que George, desfigurando su voz lo más posible, exclamaba:

—¡Salga, Sutter, y procure ponerse a salvo pronto!

Cubrióse el rostro con el antifaz que llevaba en el bolsillo.

Arreciaron las protestas de los espías:

—¡Esto es el colmo!

—¡El jefe ha perdido el juicio!

—¡Es un traidor! —gritó alguien.

Fueron las últimas palabras de su vida: la pistola de Harriman, vomitando plomo y fuego, le tumbó para siempre.

—¿Hay alguno que se atreva a sostener esa acusación injusta por lo que respecta a mi comportamiento con ustedes?

Los interrogados, aunque descontentos con el giro tomado por el problema, miráronse unos a otros, con demostraciones de angustia y sin atreverse a replicar.

Surgieron del calabozo Feri y Glenn. Este último sangraba por varias partes como consecuencia de los malos tratos recibidos. Su andar era vacilante. Temía ser víctima de una burla sangrienta y miró a un lado y a otro esperando el tiro o la puñalada que acabasen con su existencia.

George, además de tener cubierto el rostro y de haberse echado el sombrero sobre los ojos, se apresuró a volverse de espaldas y a descomponer la figura inclinándose como si los años le pesaran.

Con alterada voz, dijo:

—Márchese enseguida. No le sucederá daño alguno. De todos modos, si alguien intenta atacarle, defiéndase.

Y sin variar apenas de posición, échole a los pies la pistola del espía muerto.

Sutter estaba atónito. Seguía resistiéndose a admitir que aquello fuera verdad.

El recuerdo de George, no abandonado un momento, se le fijó con más fuerza. Incluso creyó reconocer su acento en las sordas palabras del hombre que se las dirigía.

—¡Pronto! —apremió este.

Obedeció el muchacho. Feri, por orden del jefe, le guio hasta la puerta.

El ambiente se tornaba hostil por segundos. Mucho era el respeto y admiración inspirados por Harriman, pero aquella manera de comportarse sobrepasaba a lo concebible. ¡Un enemigo, agente del F.B.I., acababa de ser libertado por el hombre que tenía la obligación de defenderles frente a tan peligroso organismo!

George comprendió la gravedad del momento y no vaciló en mentir para justificarse:

—Aunque no estoy obligado a dar explicaciones, quiero ofrecerlas. Esto, que tan extraño les parece, es lo más sensato que ha cabido hacer. Termino de recibir una confidencia telefónica en la cual se me anuncia que nuestro refugio ha sido descubierto y que la policía se dirige hacia acá. De encontrarse, cuando lleguen, el cadáver de ese hombre, la persecución a sangre y fuego sería terrible, pues ya sabemos cómo las gastan cuando cae un elemento del F.B.I. Deseemos que no descubran la muerte de Chess Steiner. Mientras se respetan las vidas de sus hombres, suelen ser bastante considerados. Procede, pues, levantar el campo inmediatamente llevándonos cuanto haya aquí de valor.

Quedaron atónitos. La explicación antojábaseles rara, pero no era momento de discutirla, sobre todo ante la posibilidad de que la policía estuviera, efectivamente en camino. Por otra parte, estaban acostumbrados a que el jefe les dijese la verdad siempre.

El único que mostraba sonrisa irónica era Feri Zorsi. ¡Bien sabía él que la actuación de Harriman en aquel caso obedecía única y exclusivamente al deseo de salvar al amigo... aunque se hundiera todo lo demás! A pesar de ello, no juzgó prudente exteriorizar sus ideas. Corría el riesgo de no ser creído y de que George le acribillara también sin contemplaciones. Díjose que en su momento pondría las cartas boca arriba, de modo que su venganza fuese completa y segura.

Harriman comenzó a dar instrucciones, encaminadas al mejor cumplimiento de lo que acababa de resolver, pues interesábase abandonar la granja con todos los suyos antes de que Sutter tuviera tiempo de echar sobre ella el peso de las autoridades.

Oyóse en aquel momento ruido de coches en el exterior.

George, sin perder de vista a sus secuaces, algunos de los cuales estaban a punto de convertirse en enemigos, miró a través de una de las ventanas.

—¡Imbéciles! —dijo a los que habían abandonado la guardia fuera—. ¡Ya es demasiado tarde! ¡La policía está aquí y nos ha cogido como a ratones en la ratonera!

No acertaba a explicarse cómo su mentira habíase convertido en realidad, pues Sutter no había tenido tiempo de alejarse ni cincuenta yardas de aquellos lugares. El propio Zorsi desechó, en parte, la creencia

de que el jefe hubiera lanzado un embuste en justificación de su comportamiento.

Un clamoreo angustioso se extendió por todos los ámbitos.

Añadió Harriman:

—Tratemos de ganar la salida secreta.

Corrieron todos hacia dicho lugar, iniciado en el lado posterior del edificio y que desembocaba en un barranco próximo. Él fue en busca de Nyanya:

—Ya dilucidaremos nuestras cuestiones. Ahora hay que huir. La policía está abajo.

—¡Es horrible!

—No es hora de lamentaciones.

Cuando se dispusieron a seguir el camino emprendido por los demás, hubieron de detenerse, viéndoles retroceder, al propio tiempo que sonaban disparos.

—¿Qué ocurre?

—¡Están ya dentro! ¡No hay modo de llegar a la galería!

Los tiros se iniciaron también en otras direcciones.

Sonó una voz estentórea:

—¡Ríndanse! ¡Están cercados! ¡Todo intento de resistencia será inútil!

Tranfiguróse el rostro de George. Ya no cabía la solución pacífica del conflicto, puesto que se habían cruzado disparos y acaso habría caído alguno de los asaltantes.

Muchos de sus hombres le miraban. Nyanya reflejaba incontenible terror.

—¡Hay que defenderse hasta el fin y morir matando! —rugió él—. ¡Pronto, repuesto de municiones!

Corrió un espía al depósito de las mismas, mientras George, derrochando valor suicida, empezó a hacer fuego sobre el enemigo.

El tiroteo hízose ensordecedor. Los defensores de la casa continuaron el retroceso, dominados por la superioridad numérica de los antagonistas.

George, habiéndose metido en los bolsillos los cargadores que acababan de traerle y otra pistola de repuesto, acudía a los puntos donde era mayor el peligro.

Los sitiados iban cayendo, aunque se defendían como fieras, ocasionando bajas.

Relativamente pronto, pudieron observar que la batalla estaba perdida.

Llegó el momento en que las órdenes del jefe no eran escuchadas. Cada cual elegía el parapeto que tenía más próximo o se refugiaba en distintas habitaciones, con el propósito de tumbar a quién apareciese en ellas, antes de caer.

Nyanya tuvo una idea, que consideró salvadora. Si le alcanzaba la suerte de que entre los enemigos no estuviese Glenn, cosa que entraba en lo posible, afirmaría ser una víctima de los que la secuestraron, juntamente con el general Brown, quien no vacilaría en sostenerlo así. Luego... tan pronto como la dejaran libre, se apresuraría a desaparecer de Norteamérica.

Rápidamente metióse en uno de los calabozos y se encerró por dentro.

La pelea iba decreciendo en intensidad. Los representantes de la Ley avanzaban, abriéndose paso no ya solo a tiros, sino por medio de bombas lacrimógenas.

George, en uno de sus intentos de avance por encima de heridos y muertos, reconoció a Glenn y Gary, los cuales, empuñadas las armas, se batían como leones.

No había sido casual, ni mucho menos, la llegada de la policía: Gary, deseoso, como su amigo, de averiguar lo que hubiera de cierto en las sospechas sobre Harriman, siguió a aquel disimuladamente cuando le vio echar en pos del segundo. Guardó las prudenciales distancias, y ello hizo que presenciara desde lejos cómo se apoderaban de Sutter. Fue su primer impulso lanzarse en ayuda del camarada; mas dióse cuenta de que les separaban demasiados metros para hacer blanco y que solo conseguiría atraer la atención, convirtiéndose en víctima, sin beneficio para ninguno. El hecho de que los espías hubieran golpeado a Glenn en vez de matarle, hízole suponer que les interesaba conservarle vivo, al menos durante algún tiempo. Y como todo autorizaba a pensar que la granja fuera un nido de malhechores, resolvió pedir abundantes refuerzos, para no dar pasos en falso. Lanzóse en su coche a la máxima velocidad y utilizó el primer teléfono público. Cuando, juntamente con la policía, se aproximaba al cuartel general de la banda, descubrió a Sutter, el cual les informó de su odisea y se dispuso a tomar parte también en el ataque, a pesar de los reparos que quisieron oponerle en virtud del lastimoso estado en que se encontraba.

Harriman, al descubrir a los que fueron sus camaradas, retrocedió presuroso. En el fragor de la lucha había perdido el antifaz, y la idea de que le reconociesen llenóle de espanto.

Las fuerzas asaltantes venían mandadas por el teniente Heimul, hombre duro en extremo, para quien, una vez lanzado, carecía de sentido la palabra cuartel. Su ira habíase acrecentado viendo caer a algunos de sus hombres, y recibiendo, por su parte, una herida en el brazo izquierdo. Él, personalmente, derribó a Feri Zorsi alojándole un par de balas en el vientre.

Tuvo esto lugar a un par de yardas de la habitación-calabozo en que Nyanya habíase encerrado.

Glenn y Gary, en unión de otros, siguieron adelante persiguiendo a los que batíanse en retirada, pero Heimul, siguiendo la táctica de no dejar ninguna puerta cerrada a sus espaldas, ordenó abrir aquella.

—Está echada por dentro —dijo uno de los agentes.

—¡Derribenla!

Unos disparos a la cerradura hicieron la labor facilísima. La entrada quedó libre y Heimul conminó, resguardándose como los demás:

—¡Salga quien haya o le hacemos salir a bombazos!

Le respondió una especie de gemido sordo. Los hombres se miraron con extrañeza.

—Parece como de mujer —comentó uno.

—Puede tratarse de una aña-gaza —repuso el teniente. Y alzando el tono—: ¡No me haga repetir la orden!

Tras un silencio brevísimo, oyóse a la húngara:

—Lo intentaré. Apenas puedo moverme. Soy Nyanya Harriman.

La dolorida voz produjo extraordinario efecto. Heimul lanzóse al interior precipitadamente, seguido de sus hombres.

En el suelo, despeinada, sucio el rostro; llenos los brazos de mordeduras que ella misma acababa de hacerse, hallábase la gran aventurera, inimitable en su papel de víctima.

—¡Señora Harriman!

Ella les miró con ojos de espanto.

—¡Son ustedes!... ¡Ustedes!... ¡La policía!... ¡Gracias a Dios!

La ayudaron a incorporarse.

—Cójase a mi brazo, señora —ofreció el teniente—. Salga de esta habitación inmunda.

—¡Oh...!

Sujetóse al apoyo que se le brindaba y salió, susurrando:

—He perdido la noción del tiempo. No sé cuánto llevo aquí encerrada. Hace poco, al iniciarse el tiroteo, me abrieron la puerta y quisieron hacerme salir, pero yo no me fie y pude echar la llave por dentro.

—Bien, tranquilícese; esto se acaba.

—¿De veras? ¿No es una ilusión de mis sentidos?

—¡Y tan de veras! Los pocos malhechores que quedan están cayendo.

—¡Qué felicidad! ¡Más aún que por mí lo celebro por el general Brown!

—¿Le tienen aquí?

—Desde luego. Nos trajeron juntos. ¡Oh, cómo nos han maltratado! ¡Ojalá viva todavía!

El teniente resplandeció de gozo. Aquello, seguramente, iba a valerle un ascenso. Ni siquiera prestaba atención a la herida de su brazo.

—¿Dónde se encuentra?

—¿Cómo voy a saberlo? Nos encerraron separadamente. ¡Qué alegría pensar que esos miserables van recibiendo su castigo! ¡Yo podré informarles de muchas cosas! En la creencia, sin duda, de que no saldría viva, no se han recatado de hablar cada vez que me han traído alimentos.

Reparó de pronto en Zorsi, que se desangraba, y dijo, señalándole, frenética:

—¡Ese es uno de los principales asesinos!

No debió excederse en su papel. Aquella acusación despiadada provocó en Feri una reacción final y decisiva: antes de que nadie pudiera evitarlo, abalanzóse sobre la pistola, caída a corta distancia de donde él se desplomara, y rugió, entre estertores:

—¡Víbora!

Brotaron dos foganazos y el plomo alcanzó de lleno el rostro de la mujer. Una de las balas se le alojó en el cerebro. Su grito agónico repercutió en el espacio.

Heimul vació lo que le quedaba en el cargador de la pistola sobre Zorsi; mas este, antes de recibir la rociada, era ya cadáver.

Los subalternos del teniente cogieron el cuerpo de la húngara antes de que cayese al suelo.

—¿Algo que hacer?

—Nada. Está muerta.

—¡Pobre señora! Déjenla en aquel sofá y continuemos. ¡Hay que encontrar enseguida al general Brown!

Lanzáronse por el pasillo, abriendo todas las puertas con redoblado interés. Por fin, en una de las habitaciones hallaron al tan buscado personaje.

—¡Mi general!

—¡Hola, muchachos!... Hubiera querido levantarme al oír el tiroteo, pero... las fuerzas no me obedecen. ¿Qué ha pasado?

—Estamos dando cuenta de estos malhechores. Le hirieron, ¿verdad?

—Ya lo ven. Pero no se cuiden ahora de mí. Ocúpense de la señora Harriman. Debe hallarse todavía en esta casa. La raptaron conmigo.

Heimul inclinó la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no me obedecen?

—Algo muy desagradable...

—Explíquese.

—La señora Harriman... ha muerto.

Brown hizo un gesto de profunda amargura.

—¡Desdichada mujer!

Aquella frase de condolencia, pronunciada con honda sinceridad, había equivalido al colofón de la farsa que Nyanya representase: su nombre no se relacionaría ya con la banda próxima a sucumbir; Margit no

tendría que soportar estigma alguno.

—Si lo permite, mi general, vamos a continuar la operación de limpieza.

—Desde luego. ¡Mucha suerte!

Heimul dejó dos «números» ante la puerta, en previsión de que los enemigos pudieran llegar, perpetrando un atentado de última hora, y corrió hacia la parte alta del edificio, donde se concentraba la parte más fuerte del tiroteo.

Hacia allí habían acudido momentos antes, por distintos corredores, Glenn y Gary, encontrándose al pie de la escalera.

—¡Arriba debe haber muchos hombres o uno que vale por muchos! —exclamó el primero—. ¡Vaya manera de tirar y de tenernos a raya!

—¡Adelante!

Acababan de reponer los cargadores y subieron a grandes saltos hacia un amplio pasillo que formaba recodo. El que tan desesperadamente se defendía retrocedió, cesando en el fuego, y fue a refugiarse en la única estancia que había a su alcance.

Walker y Sutter, sin darle tiempo a que cerrara, se precipitaron sobre la puerta, poniéndola de par en par y retrocediendo inmediatamente hasta situarse a ambos lados de la misma.

—¡Salga, quien sea, con las manos en alto! —gritó Glenn.

Lo que oyeron les heló la sangre:

—¡Muchachos... ha llegado la hora de matar! ¡Matar!... ¡Matar!... ¡No hay otra solución!

Era la voz de Harriman, una voz desgarrada, como de loco.

—¡George!

—¡Amigo-hermano!

—¡Todo eso terminó! ¡Disparad pronto si no queréis que os achicharre!

Walker y Sutter, sin ponerse de acuerdo, irrumpieron en la habitación. Allí estaba Harriman, herido ya en la cara y en el cuello, desorbitados los ojos, revuelta la negra cabellera y empuñando una pistola.

—¡No os acerquéis!

—¡George, camarada! ¿Cómo es esto posible?

—¿No he dicho que tiréis? ¡Pronto o disparo yo!

Glenn y Gary bajaron los brazos a lo largo del cuerpo.

—¡No puedo...!

—¡No puedo...!

Harriman, tras ligera vacilación, hizo lo mismo.

—¡Yo... tampoco!

Fue un momento de extraordinario patetismo.

Se miraban a los ojos sin conseguir verse bien, pues los tenían llenos

de lágrimas.

Oyóse de pronto la voz de Heimul:

—¡Ahí voy yo!

Dos balas hendieron al mismo tiempo el aire. Una, disparada por el teniente; la otra, por Harriman. Y las dos hicieron blanco. Cayó el primero con la frente perforada; el segundo, alcanzado en el pecho.

Glenn y Gary corrieron hacia este, llamándole con ansiedad e incorporándole a medias.

—La última vez... que los «Ge, Ge, Ge» se reúnen —comentó al agonizante, con mortal sarcasmo.

—Trataremos de salvarte —dijo Glenn—. Tú nos proporcionarás los medios que nos ayuden después en tu defensa.

—Es inútil... amigos. «Esto» se acaba... Tenía que ser. Más vale que haya ocurrido así. Perdonadme... si podéis... La herida que me hicieron en la guerra... la amnesia que padecí... la maraña en que me envolvieron... Todo contribuyó a hundirme en el abismo.

Hizo una breve pausa. Se ahogaba. Sacó, no obstante, fuerzas para lanzar una carcajada breve, mientras añadía:

—¡Bah!... Las cosas que he dicho... aun siendo verdad... no dejan de ser pretextos con los que yo mismo trato de justificarme. ¡Fui un traidor... y merezco que me escupáis!

—Calla. No disparates.

Glenn trataba de taponarle la herida del pecho. Harriman le apartó.

—Déjame... ¿No ves que todo ha terminado?... Me estoy muriendo... lo sé...; dentro de unos minutos... Oye, Glenn, satisface esta curiosidad última: ¿es cierto que pretendiste abusar de Nyanya en cierta ocasión... que Denville acudió en su defensa, que de ahí provenía vuestro odio, que al hallaría en mi casa insististe...?

El interrogado quedó atónito:

—¿Qué yo?... ¡George!... ¿Cómo has podido pensar...?

—Me lo dijo ella...; pero te creo a ti. Gracias... gracias...

Fueron sus palabras últimas. Sobrevino un estertor terrible; le acudió sangre a la boca y quedó muerto.

—¡George!

El nombre fue pronunciado simultáneamente por Walker y Sutter, quienes, llorando, se abrazaron al cadáver.

Llegaba gente. Ellos ni levantaron la cabeza.

—¿Qué ha sucedido aquí? ¡El teniente, muerto!

Tratábase de un cabo de la Policía Metropolitana, seguido de varios «números».

Glenn le miró con dureza:

—El teniente... ¡y George Harriman!

—¡Ah!... ¿Prisionero, también, de los espías?

Los dos amigos cambiaron una rápida mirada de inteligencia y Glenn exclamó:

—¡Naturalmente! Descubrió, sin duda, el paradero de su esposa; quiso salvarla... y ya estamos viendo el final.

De nuevo, la Prensa y la radio volvieron a ocuparse ampliamente del general Brown, publicando informaciones del suceso, para las cuales sirvió de base esencialísima la declaración prestada por Glenn Sutter, como prisionero de los espías, y Gary Walker, a cuyo aviso debióse que las fuerzas irrumpieran en la granja, a tiempo de eliminar a la peligrosa organización.

Nyanya y George Harriman aparecieron como víctimas. Era lo menos que aquellos dos muchachos consideráronse en obligación de hacer en homenaje a la memoria del descarriado amigo... y de Margit.

Recibieron múltiples felicitaciones. En el F.B.I. se habló de ascensos próximos. Ellos declinaron todos los honores.

—¿Es que no están ustedes satisfechos del éxito obtenido? —preguntóles el jefe del Estado Mayor.

—Hemos cumplido con nuestro deber —dijo Gary, escuetamente.

—Eso —rectificó Sutter—. Hemos cumplido con nuestro deber... lo cual no siempre proporciona alegrías.

Margit, luego de haber liquidado cuanto contenía la casa de Massachusetts, dispúsose a abandonar Washington.

Con pretexto de encontrarse enferma, habíase negado a recibir las múltiples visitas que quisieron darle el pésame de palabra, muchas de las cuales tenían como objeto único entablar amistosas relaciones con la hija de la mujer a quién el general Brown, en sus declaraciones a los periodistas, había colocado a extraordinaria altura.

Glenn y Sutter intentaron verla, sin conseguirlo.

—Nos odia —murmuró una de las veces el primero, con pena.

—Creerá tener motivos.

—Pero es que yo no puedo resignarme a eso.

—La quieres mucho, ¿verdad?

Sutter asintió.

—Entonces —añadió Gary— haces bien no conformándote. En nuestro léxico no existe la palabra «derrota». Lucha y convéncela... aunque sea a porrazos.

Glenn sonrió tristemente:

—Como de costumbre, quieres arreglarlo todo con los puños. Hay cosas que... —se interrumpió de pronto, pare añadir—: En medio de todo, ¿por qué no?... ¡Hasta la vista!

—¿A dónde vas?

—¡A seguir tu consejo!

Saltó a su coche y se dirigió al domicilio de la muchacha.

El criado, como en ocasiones anteriores, le cerró el paso:

—La señorita no recibe.

—Déjeme entrar.

—Imposible, señor.

Y se le puso delante.

—Mire amigo, si estima en algo sus narices, quítese de en medio.

—Es que...

Glenn le empujó haciéndole caer de espaldas. Acudieron otros sirvientes, tratando de contener aquella especie de tromba, y rodaron también.

Margit apareció en lo alto de la escalera, atraída por el escándalo y quedó como quien ve visiones.

—¿Qué significa...?

Los atropellados domésticos, incorporándose, quisieron dar explicaciones:

—¡Este hombre...!

—¡Ha debido volverse loco!

—¡Nos ha agredido!

—¿Llamamos a la policía?

Glenn, sin perder la guardia, miraba a la joven, sonriendo, simpático:

—¿Hace falta vencer a alguien más para llegar hasta ti?

Margit no contestó de momento. Tenía el ceño fruncido y un rictus de amargura en los labios.

—Retírense —ordenó, al cabo, a la servidumbre, la cual obedeció a regañadientes.

Ella comenzó a descender con lentitud.

—Señor Sutter, este proceder suyo...

—¿Eh?... ¿Qué tono es ese? ¿Por qué no me tuteas? ¿Te parece ni medio bonito cerrarme las puertas de tu casa luego de haberme abierto las de tu corazón?

—Yo no tengo casa. Vea: casi todo se lo han llevado ya.

En cuanto al corazón... creo que también lo he perdido.

—¡Naturalmente! Porque me lo has entregado a mí. Vamos; depón esa actitud absurda. Vengo a repetirte que te quiero; a preguntarte cuándo nos casamos.

La muchacha, húmedas las pupilas, dejóse caer sobre uno de los sillones. Sutter llegó hasta ella, acariciándola con el aliento:

—¿Por qué me tratas así, Margit?

Hubo de insistir en demanda de respuesta.

—Escucha, Glenn: yo... no creo lo que la Prensa ha dicho.

Sé lo que era mi madre y temo que...

—No te detengas.

—... que hayas intervenido tú en su muerte... y en la de su marido.

Púsose Sutter firme, cual si se sintiera envarado. Endureciéronse sus facciones y refulgieron sus pupilas:

—¿Crees eso?... ¿Piensas que, aunque esas personas merecieran la muerte, yo iba a ser capaz de dársela... y venir luego a pretender hacerte mi esposa?

—¡Oh...!

—Adiós, Margit. Me has hecho un gran daño. Nunca pensé que tuvieras ese concepto de mí.

Avanzó hacia la salida con paso firme.

—¡Glenn!

No quiso volver la cabeza.

—¡Glenn!

Cruzó el muchacho el umbral. Margit, en un arranque irreprimible, corrió en su busca y se le abrazó, implorante:

—¡Perdóname! ¡No supe lo que dije! ¡Estaba dispuesta a cualquier locura, y la haré si te marchas! No, tú no puedes ser malo; me pareces el mejor de los hombres y, sobre todo, ¡te quiero!

—¡Mi pequeña...!

Se besaron largamente.

★ ★ ★

Transcurrió el tiempo. Surgieron nuevas cosas importantes, que anularon las pasadas...

La vida seguía como siempre, igual que siempre...

Cada uno a lo suyo...

Y, sin embargo, todas las tardes, bajo el sol, la lluvia o el viento, dos hombres acudían al cementerio donde reposaba George Harriman y sentábanse junto a su tumba.

En ocasiones, personas que andaban en las proximidades les miraban con sorpresa, no dando crédito a sus oídos: creían, percibir, entre palabras dichas en susurro, algo inconcebible en tan triste lugar, algo que, sin que fuera risa, llegaba a parecerlo: «Ge... Ge... Ge...»

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

BRUJOS E ILUMINADOS
POSESOS Y EXORCISTAS
EL MERCADO DE LA MUERTE
VISITAS COSMICAS ● EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LA REENCARNACION ● LO VERDADERO DE LAS PIRAMIDES
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA ● LA NIGROMANCIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS ● VISION MEDIUMNICA
LOS TEMPLARIOS ● EL HORROR NAZI ● LA HONORABLE TRATA
LOS REFORMATARIOS ● LUZ Y TINIEBLAS ● DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA ● FUEGO PURIFICADOR ● EL ANTICRISTO
LAS HUELLAS DE LA MALDICION ● PERVERSOS SEXUALES
ONIROMANCIA ● EL JUICIO FINAL ● TABUES SEXUALES
LA PENA DE MUERTE
LA INQUISICION
EL F.B.I.
LUTERO
SADISMO
SATANAS
DRACULA
EN TRANCE
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
VAMPIRISMO
LA DEMENCIA
LOS HUMANOIDES
HISTORIA DE LA C.I.A.



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.